



Silver Kane

UN MILLON DE ARAÑAS NEGRAS





eb

SILVER KANE

UN MILLÓN DE ARAÑAS NEGRAS

Colección LA HUELLA n.º 48
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 32886-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: octubre, 1975

© Silver Kane - 1975

© Cubierta: Salvador Fabá - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRIMERA PARTE

LA NIEBLA

CAPÍTULO PRIMERO

«Señor presidente del Tribunal del Sena, ésta es la confesión de mis crímenes. Quiero librarme de una vez de esta pesadilla horrible, quiero librarme de este aire del Más Allá que me envuelve y no me deja vivir. Mi abogado, el señor Clouzot, ha venido esta mañana a la prisión de La Roquette, donde estamos todas las mujeres delincuentes que esperamos ser sometidas a juicio, y me ha dicho:

—Más vale que confiese de una vez, Germaine. Las pruebas son abrumadoras y nada conseguirá dejando su caso a la resolución del jurado. Al contrario, se ganará la antipatía de los hombres y mujeres que lo forman. En cambio, si explica su miedo, si explica sus problemas y su angustia, es seguro que la comprenderán mejor. En todo caso, es su cabeza la que se juega, porque en Francia aún existe la pena de muerte, si bien raramente se aplica. Y en su caso, con tantos crímenes, pienso que se puede aplicar. Por lo tanto, con una confesión completa no sólo se favorecería a sí misma, sino que se librará de esta pesadilla. Yo, en su lugar, lo haría. Créame. ¿Por qué no lo prueba al menos? Hágalo...

Y lo he probado, señor presidente del Tribunal del Sena, Lo he intentado y he ido notando que los viejos horrores volvían, pero al describirlos me libraba de ellos. Era como si los borrara de mi pasado. Por eso he seguido hasta el final, por eso he llegado hasta el último rincón de mi conciencia, pensando que quizá usted tenga paciencia para leerme hasta el final. Y por eso voy a seguir, aunque el miedo me estremezca a veces, aunque en la soledad de mi celda de la prisión femenina de La Roquette aún tenga la sensación de que me siguen acechando las viejas amenazas.

Usted se preguntará cómo empezó todo, señor presidente del Tribunal del Sena. Bien. Se lo voy a explicar. Le daré todos los

detalles, le contaré cómo han marchado todos mis problemas. Y ante todo debo hablarle de Jean Verneil.

Jean Verneil era un hijo de perra.

Sí, ya sé que es muy cómoda esta confesión después de haberle matado, después de haberle enviado al fondo de la fosa más oscura del cementerio de Montparnasse. Pero le juro que era así. Era un hijo de perra, señor presidente. Todo empezó cuando me dijo aquella tarde de domingo, en un momento en que las calles estaban tranquilas y en que los árboles de la Avenue Foch reían como si efectivamente estuviéramos en el campo.

—¿Quieres ver al diablo?

Yo siempre he sido un poco descreída, un poco descuidada, señor presidente, pero como todas las muchachas de buena familia y que viven en los barrios aristocráticos de París he tenido una educación excelente. Ya sé que ahora la gente se pirra por las cuestiones de brujería y todo eso, pero yo siempre me lo he tomado a broma. No en vano fui educada, según la más rancia tradición francesa, en la filosofía de Descartes y en la moral de Bossuet. Por eso me reí cuando me dijo lo del diablo. Pero Jean tenía una expresión tan seria, casi tan angustiada, que dejó en mí una huella profunda. No me avergüenza decir que me impresionó.

Él y yo éramos primos. Descendíamos de un tronco común, de la rancia estirpe de los Duplessis, si bien yo pertenecía a la rama principal y él a una rama secundaria. De un modo u otro, tenía libre entrada en la casa de la Avenue Foch y a veces pasaba temporadas con nosotros. Además estudiaba arqueología, parapsicología y algunas ciencias ocultas. Por eso le hice un caso que a otra persona no le hubiera hecho.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Te estoy invitando a algo que ninguna otra persona puede ver —murmuré—. Puedes hacerme caso o no, pero se trata de una ocasión única. Si la dejas pasar, es muy posible que no penetres nunca en los misterios del otro mundo.

Yo, señor presidente del tribunal, nunca me he interesado demasiado por los misterios del otro mundo, pero la cultura que con los años adquirí en la Sorbona me hizo pensar que todo vale la pena conocerlo. Por lo tanto me eché a reír con una cierta incredulidad, aunque le dije que sí. Y entonces empezó aquella extraña aventura.

Al principio fue de lo más vulgar.

Recuerdo que tomamos su coche. —Jean tenía entonces un «CX» lujoso, pero que pagaba a plazos— y fuimos a un sitio cerca de la Porte de la Chapelle. Aquello estaba muy animado en domingo, y la gente pasaba sus últimas horas de ocio pensando ya en el trabajo del día siguiente, en la triste madrugada del lunes que los convertiría a todos en esclavos otra vez. Penetramos en un sitio donde en otro tiempo existió, por lo visto, una escuela de escultura. Aún había viejas estatuas por los pasillos, aun había en los rincones viejos moldes llenos de polvo. Flotaba en el ambiente ese aire de las cosas olvidadas y muertas. Las puertas crujían, los rincones estaban llenos de sombras. Penetraba un poco de sol por unas rendijas, pero hasta ese sol daba angustia. Nunca hasta entonces me había dado cuenta de que la luz del atardecer puede ser infinitamente triste.

Jean me hizo pasar a una sala donde no había nadie. Pronto comprendí que aquél era el ambiente de las echadoras de cartas, de las quiromantes y las adivinas de tres al cuarto. Mucho misterio, mucha sordidez y después nada. Jean no era más que un incauto que no sabía cómo pasar el domingo por la tarde, y le habían engañado como a un idiota. No estaba dispuesta a que me engañasen también a mí.

—Vámonos —dije.

—¿Por qué?

—Porque todo esto es una idiotez. Y el ambiente no me gusta. Luego nos pedirán unos francos por adivinar nuestro porvenir. ¡Valiente tontería!

—Ten un poco de paciencia —susurró él—. Yo también pensaba eso al principio, pero no es lo que tú piensas.

Me encogí de hombros y esperé. Eso de ser una chica bien educada tiene a veces sus problemas: no sabes decir que no a la gente. A los pocos instantes se abrió la puerta y entró un hombre vestido de negro. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, pero no se trataba de un disfraz: daba la sensación de que ya había nacido así. Flotaba en torno suyo un aire siniestro e irreal. Por fuerza aquel hombre tenía que estar empleado en una funeraria o en el depósito de cadáveres. Sólo al verle tuve un estremecimiento.

Y entonces empecé a pensar que quizá aquello era auténtico. No se encuentran fácilmente tipos así. No se ve gente con esos ojos.

Aquel siniestro desconocido dijo:

—Pueden entrar.

La sala a la cual pasamos era oscura y estaba tapizada de terciopelo negro. Daba la sensación de una tumba. Una atmósfera irreal flotaba en ella.

«Tramoya —pensé—, pura tramoya para impresionar a los incautos. Tengo curiosidad por saber el momento en que empiezan a pedirme dinero. Seguro que no tarda».

La habitación se llenó entonces de un humo espeso, suave y dulzón, que hacía recordar el incienso, pero que era mucho más profundo. Y las sombras surgieron de aquel humo. Le juro que no las vi salir, señor presidente. Estaban ya allí cuando yo, de repente, abrí los ojos y me di cuenta de que lo llenaban todo. Llevaban unas túnicas también negras y daban vueltas contorsionándose en torno a una especie de altar. Yo me di cuenta entonces de que sobre aquel altar de piedra había una persona muerta.

No comprendo cómo no la había visto antes.

Pero estaba allí.

Desnuda.

Tal como se ven en las salas de autopsias. Completamente rígida. Con la garganta abierta de lado a lado. En ella había una espantosa mancha roja.

Quedé como hipnotizada.

Aterrada.

Me parecía absurdo que aquello pudiera suceder en el casco de París, en plena Porte de la Chapelle, un sitio lleno de bares donde la gente discute de política y donde algunas mujeres esperan a sus ocasionales clientes. Era como encontrarse de pronto en otro mundo, pero en un mundo sórdido, espeso y negro. De pronto tuve miedo, un miedo horrible. Señor presidente del Tribunal del Sena, fue la primera vez que ese miedo lacerante llegó hasta el fondo de mis huesos. Por eso le digo que todo empezó allí.

—¿A qué sitio me has traído? —barboté—. Me voy.

Pero Jean no me escuchaba. Estaba absorto; yo diría que había entrado en trance. Miraba aquel cadáver como si no hubiera otra cosa en el mundo, como si estuviera del todo hipnotizado por él.

Me levanté y fui hacia la puerta. Pero de pronto me di cuenta... ¡de que aquella puerta ya no existía! ¡De que los cuatro lados de la

habitación eran una pared compacta y espesa, forrada de negro!

Recuerdo que di la vuelta entera a todo aquel recinto. Mientras tanto las figuras encapuchadas danzaban y danzaban en torno a aquel cadáver como si les fascinase y como si estuvieran dedicándole alguna especie de veneración. Todo eso era tan monstruoso, tan abyecto y al mismo tiempo tan ridículo que empecé a golpear las paredes queriendo marcharme de allí. Pero nadie me oía.

Sonaba una extraña música.

Nunca había oído una cosa igual.

Por los acordes, supongo que era música india, pero una música tan antigua, casi tan irreal que yo no podía comprobarla con nada más que hubiese oído, y eso que soy —o era— una pequeña experta. Todos parecían haber entrado en trance excepto los bailarines. Sus movimientos se iban haciendo más rápidos, más intensos, más desgarrados, hasta entrar en una especie de *crescendo* trágico.

—¡Jean! —grité—. ¡Jean, vámonos de aquí!

Pero él seguía sin oírme. Había entrado en una especie de éxtasis. Le zarandeé y no me hizo caso. Casi llegué a derribarle. Y entonces me di cuenta con horror de que aquel humo también me adormilaba, también me atentaba. De que ejercía sobre mí una especie de narcosis.

De pronto quedé quieta.

Callada.

Todo lo que estaba viendo ejercía sobre mí una especie de fascinación, pero al mismo tiempo me inspiraba una brutal indiferencia.

Entonces me di cuenta, con asombro, de algo que no podía creer. Mientras zarandeaba a Jean no me había podido fijar en otra cosa. Pero ahora me di cuenta de que el cadáver que estaba sobre aquella especie de altar de piedra había desaparecido. La losa estaba vacía. Sobre ella flotaba un humo más espeso cada vez.

Me di cuenta de que me volvía loca.

Me sentía hundida en una especie de borrachera.

Nuevamente traté de salir de allí, pero resultó inútil. Golpeaba las paredes y no encontraba la puerta. De pronto oí un gemido largo, angustioso, lacerante.

Me volví con todos los nervios en tensión.

Y me di cuenta de que el hombre vestido de negro, el que nos había invitado a entrar, estaba ahora tendido sobre la losa. Ocupaba el lugar del muerto, lo cual producía un efecto macabro, puesto que ya le he dicho, señor presidente, como iba vestido.

Pero no era él quien gemía.

¡El que gemía era Jean!

Me di cuenta de que se contorsionaba, de que parecía presa de un espíritu diabólico. ¿Quizá era aquello lo que había querido decirme, con la pregunta de si deseaba ver al demonio? ¿Lo tenía acaso dentro de él? Yo he sido siempre muy escéptica en eso, señor presidente del Tribunal del Sena, pero sé una cosa: según las normas religiosas más elementales, si uno cree en las fuerzas del Bien tiene que creer también en las fuerzas del Mal.

Y he oído hablar de exorcismos.

De personas poseídas por el Mal.

Quizá Jean era uno de ellos. Y yo pensaba que, viendo aquello en otra persona habría sentido miedo, pero tratándose de Jean sentía auténtico horror. La sangre parecía haberse helado en mis venas cuando grité con todas mis fuerzas:

—¡Vámonos de aquí! ¡Por favor, vámonos de aquí...!

Nadie me hizo caso. El humo se convertía en algo espeso, casi viscoso. Me mareaba, me ahogaba. Fui a lanzarme hacia Jean, pero no me atreví a tocarlo. Sus convulsiones, sus gestos de dolor, me producían una especie de misterioso respeto.

Y entonces sucedió lo más increíble.

Jean tomó un cuchillo que estaba sobre una mesa. Parecía acometido por una frenética desesperación.

Grité con todas mis fuerzas.

Pero no pude evitarlo señor presidente del Tribunal del Sena. Lo dije cuando el juez de instrucción me interrogó y lo seguiré diciendo ante los miembros del jurado. No pude evitarlo... De pronto Jean, como acometido por un espasmo epiléptico, alzó el cuchillo. Lo hundió dos veces en el hombre vestido de negro que si había tendido en aquella especie de altar. Yo lancé un grito lacerante. Todo daba vueltas en torno mío y caí desmayada. Lo último que vi fue aquel rostro crispado y aquel traje negro, aquellas ropas siniestras que se teñían con el color de la sangre».

CAPÍTULO II

«Usted puede pensar, señor presidente del Tribunal del Sena, que todo esto es más o menos lo que conté ante el juez de instrucción, pero si repasa el sumario se dará cuenta de que hay muchos detalles que entonces no dije. He necesitado tiempo y la calma de la prisión de La Roquette para ir recordando cosas. En especial lo que ocurrió después, puesto que durante mucho tiempo me ha parecido que seguía desmayada y fuera del mundo real, como en aquella espantosa tarde.

Pero ahora lo puedo ir precisando todo en mis recuerdos.

Me doy cuenta de que me recuperé al cabo de unos instantes.

Alcé la cabeza.

Y vi que estaba sola.

De una forma confusa, me daba cuenta de que todos aquellos encapuchados se habían llevado a Jean quizá asustados por lo que éste acababa de hacer. Y entonces vi algo que unos minutos antes no había visto: en la habitación existían dos puertas. Una, la misma por la que habíamos entrado nosotros. Otra, aquélla por la que los pequeños monstruos acababan de llevarse a Jean.

Pero no fue eso lo que me importó.

No.

Fue otra cosa.

Fue una certidumbre horrible.

La certidumbre de que... ¡me habían dejado sola!

¡Sola con un cadáver!

¡Sola en una habitación donde imperaba el diablo!

El humo se había disipado un poco, pero me sentía aturdida igualmente. Avancé como una sonámbula hacia el muerto.

No sé cómo tuve serenidad para aquello.

Pero hay momentos en la vida en que una hace cosas que jamás pensó que podría llegar a hacer.

Me acerqué al muerto.

Le puse la mano sobre el corazón.

No notaba nada.

Le tomé el pulso.

No lo tenía.

Por supuesto que las dos cuchilladas eran mortales, y yo lo sabía bien, pero quise asegurarme con todas esas cosas que le cuento. Por fin me pude convencer de que, efectivamente, estaba a solas con un cadáver.

Pero quise tener serenidad.

Estaba en el centro de París, al fin y al cabo.

Podía llamar a la policía.

Le contaría lo que había visto.

Salí de allí y me encontré de nuevo en el pasillo oscuro donde se hacinaban las estatuas. A tientas, llegue hasta unas escaleras. Vi el patio de un viejo palacio como los que se encuentran en el barrio del Marais. Grité con todas mis fuerzas, pero no acudió nadie.

En lo alto de los tejados que tenían doscientos años habían anidado unas golondrinas. Las asusté. Sus gritos me volvieron a la vida, pero no lograron borrar del todo aquella asfixiante atmósfera de muerte.

Busqué un teléfono.

Pero no lo había.

Salí a la calle.

Mi cabeza daba vueltas.

Me parecía imposible, absurdo, que aquello hubiera sucedido. La gente paseaba tranquilamente en la tarde del domingo. El «Citroën CX» de Jean estaba aparcado frente a la casa. Se oían las risas de unos niños, Unos obreros hablaban no sé qué de un aumento de sueldos. Todo era tan normal, tan de todos los días, que me parecía increíble que allí, a pocos pasos, pudiera haber una habitación tapizada de negro donde acababa de cometerse nada menos que un asesinato ritual.

Penetré en una cabina telefónica.

Iba a llamar a la policía.

Pero de pronto cruzó por mí mente un pensamiento angustioso.

Ya sé que, según me dijo el juez, aquél fue mi primer fallo, en el caso de que la historia mereciera ser creída. Pero no puede evitarlo. Usted, señor presidente del Tribunal del Sena, sabe que los Duplessis somos gente importante. Ya se nos nombraba en tiempos de la Convención. En tiempos de Bonaparte dimos al país ministros, generales, diplomáticos y hasta algún cardenal. Siempre hemos estado en primera línea. De mi abuelo se habló para presidente de la República. Mi bisabuelo mandaba una brigada de caballería en la batalla de Sedán, y el propio general Margueritte lo mencionó por su valor. No podía ahora decir que había visto un asesinato ritual y que el culpable era uno de los míos. La Prensa sensacionalista se despacharía a gusto con eso. Ya sabe usted lo que ocurre en Francia y algún otro país: la gente, harta de trabajar todo el día en cosas asquerosas, quiere por la noche noticias que la distraigan. Quiere sangre en primera página y si es sangre de gente importante —a la que en el fondo odia— mucho mejor aún.

Por lo tanto pensé que era mejor hablar con Clouzot, nuestro abogado.

Él me aconsejaría sobre lo que debía hacer.

Le encontré en su casa, aunque no lo esperaba. En eso tuve suerte. Clouzot, muy aficionado al teatro, se pasaba las tardes de los domingos, ensayando con una compañía de aficionados. Era su *hobby*, como el de otros es ir al fútbol, criar pájaros o hacerle un hijo a su mujer. Si no le hubiese encontrado allí creo que me hubiera vuelto loca, porque yo necesitaba desesperadamente una voz amiga. Como le digo, señor presidente, tuve suerte y le encontré.

—¿Quién es? —preguntó Clouzot.

—Soy yo, Germaine. ¿Le molesto?

—No, no, de ninguna manera.

—Es que ha ocurrido algo horrible...

—¿Un accidente?

—Peor.

—¿Pues qué?

—Jean Verneil ha cometido un asesinato.

Hubo una pausa. A mí me parecía ver la cara de Clouzot al otro lado del cable: su cara de hombre honrado que ya empieza a tener arrugas y cabellos blancos, pero que aún conserva la juvenil

coquetería de llegar a ser actor. A mí lo que me importaba es que era un gran abogado y me quería. Por lo tanto, me agarré a él como me hubiera podido agarrar a un clavo ardiendo. Grité:

—¿No me oye? ¡Jean Verneil acaba de cometer un asesinato!

Su voz sonó entonces. Era serena, quizá demasiado serena para mi estado de ansiedad. Intentando calmarme susurró:

—¿Dónde?

—Cerca de la Porte de la Chapelle. No sé ahora la dirección exacta porque no me he fijado, pero se la puedo dar dentro de unos instantes. Pensaba avisar a la policía.

—Por favor, no lo hagas.

—Bueno, yo tenía mis dudas, pero... pero...

—Sería para tu familia un escándalo terrible. Y quizá te envolverían a ti. Esas cosas se sabe cómo empiezan, pero nunca cómo terminan. ¿Dónde está él?

—No lo sé. Jean ha huido.

—¿Y tú estás sola?

—¡Sí, estoy sola! ¡Por Dios! ¡Entiéndame de una vez! ¡Sí!

Menos mal que la voz de Clouzot seguía siendo tranquila y calmosa cuando me respondió. Para mí era como un bálsamo. Dijo quedamente:

—¿Estás segura?

—¿Cómo no voy a estarlo? ¿Es que cree que le llamo para bromear?

—¿Y qué ha sido? ¿Una disputa?

—No. Algo así como... como un asesinato con la presencia del diablo. Yo diría que un asesinato ritual.

Clouzot vaciló de nuevo.

Algo me estaba dando a entender que no me creía. Su excesivo silencio incluso me intranquilizó.

—¡Por favor, conteste!

—Me parece que te encuentras algo mal —me dijo en tono cariñoso—. En fin, olvídate de ese cadáver.

—¿Cómo voy a olvidarme? ¡Está aquí, en una habitación forrada de negro! ¡No puedo olvidarme! ¡No puedo!

—En fin, si es cierto lo que dices, no comprometas a Jean. No sería justo y además hundiría a tu familia. Si ese cadáver existe, hazlo desaparecer.

Y colgó.

Yo quedé atónita.

Me parecía que el auricular quemaba entre mis dedos.

Estaba claro que Clouzot no me había creído, pero también estaba claro que no debía ir con el cuento a la policía. Desesperada, le volví a llamar. Y entonces ya nadie contestó al teléfono.

Pensé ir a verle para demostrarle que decía la verdad. ¡Pues estaría bueno! ¡Tomarme a mí por una loca...! Lo decidí y lo hice. Busqué un taxi, pero al no hallarlo tomé el Metro. Me dejó en la puerta del despacho de Clouzot, cerca de la Place du Republique.

Es una casa burguesa, tranquila, quieta. La portera no estaba. Subí al primer piso, donde está el despacho, y pulsé el timbre varias veces. Nada. Era evidente que Clouzot se había ausentado después de hablar conmigo.

Me sentía desesperada.

Volví a la Porte de la Chapelle.

Había oscurecido ya, y todo tenía de pronto un ambiente solitario y siniestro. Como aquél es un barrio obrero la gente madruga los lunes. Ya casi todo el mundo se había ido a su casa. Penetré en el edificio donde había ocurrido aquello. Sentía mi corazón dolorido como si lo estrujase un puño.

Vi las estatuas.

El polvo.

El aire irreal.

El cadáver aún estaba allí. La sangre se había secado. No se distinguía a nadie. El silencio resultaba tan agobiante que me aterrorizó.

Y de pronto me planteé mi propia responsabilidad.

Hay una cosa que no sé si usted comprenderá, señor presidente: es el orgullo de una vieja familia.

Nosotros no queremos ver nuestras fotografías en la primera plana del France-Soir.

No queremos escándalos.

De modo que, como había dicho Clouzot, pensé seriamente en hacer desaparecer el cadáver. Así ayudaría a Jean. Empecé a examinar la situación con una frialdad de que no me hubiera creído capaz minutos antes.

Y vi que no era tan difícil sacar el muerto de allí.

La casa —un viejo palacio— parecía deshabitada.

El coche podía entrar hasta el patio, hasta el pie mismo de las solemnes escaleras de piedra.

Yo podía hacer rodar el muerto por ellas.

Bajar el coche lo máximo, pues el «CX» tiene una estupenda suspensión neumática y es de altura regulable.

Meter el paquete en el portamaletas.

Y luego llevarlo a un sitio donde no lo encontraran fácilmente. Yo había visto, ahora lo recordaba, los cimientos de un edificio que estaba en las afueras de París, más allá de la Defense. Unas enormes maquinas los tapaban con hormigón prensado. Si dejaba el cadáver allí y lo cubría con tierra, a la mañana siguiente no notarían nadie que en el fondo de los cimientos reposaba un cadáver. Y seguro que, antes del mediodía, estaría cubierto por dos metros de hormigón. Jamás sería encontrado. Jamás. Haría falta un verdadero terremoto como el de San Francisco para eso.

De modo que me decidí. Vi que Jean, en su excitación se había quitado varias cosas de los bolsillos, esparciéndolas por el suelo. Por ejemplo, un pañuelo, un paquete de cigarrillos, una cartera con unos billetes y, por supuesto, las llaves del coche. Junto al muerto, todos aquellos objetos rutinarios y de uso habitual producían un contraste que acentuaba aún más la sensación de pesadilla. Tomé las llaves, retiré todos aquellos objetos para no dejar huellas de Jean y di un empujón al muerto para hacerlo caer de la losa de piedra en que aún se hallaba.

No sé cómo tuve valor para eso.

Pero lo hice.

Me impulsaba una fría determinación, una férrea decisión de ayudar a los míos, fuese como fuese.

Tirando de uno de sus brazos, llevé al muerto hacia las escaleras y lo hice rodar poco a poco. Ya no dejaba manchas de sangre. Cuando lo tuve abajo, me di cuenta de que aún no había entrado el coche. Era un terrible error. Abrí las puertas del viejo palacio, procurando que desde la calle nadie viese nada, y puse en marcha el vehículo para hacerlo entrar. Luego cerré las puertas de nuevo.

He explicado todo esto en el sumario, señor presidente del Tribunal del Sena, pero nadie me ha creído. Si lo vuelvo a explicar ahora, es porque es verdad. Le juro que es verdad. Aún me parece

sentir de nuevo la angustia que sentí al levantar el cadáver de aquel desconocido.

Yo soy joven y fuerte y al fin lo pude conseguir. Gracias a la poca altura del coche, lo coloqué en el portamaletas. Luego bajé el capó posterior. Saqué el «CX» a la calle, cerré las puertas y salí de París a poca velocidad. No necesito decirle que me horrorizaba la posibilidad de tener un accidente.

Pero no lo tuve.

Conduzco bien, y entonces lo hice mejor que nunca.

Llegué sin dificultad, y ya completamente de noche, al sitio en que se estaba construyendo el edificio. Había un guarda para toda la inmensa obra, de forma que no me vio. Llegué hasta el mismo borde de los cimientos con las luces apagadas. Situé junto a ellos la parte trasera del «CX».

Abrí.

Saqué el cadáver con grandes esfuerzos.

Lo dejé caer al fondo del foso.

Y luego lo cubrí con la tierra que había en los bordes. Estuve casi media hora así porque hube de emplear mis manos y porque quise asegurarme bien. No necesito decir que seguía temblando de miedo. Por fin me convencí de que al día siguiente no notarían nada.

Y me alejé de allí.

Podía considerarme satisfecha.

En un momento de terrible apuro, había ayudado a mi familia. Luego ya hablaría con Jean y con el abogado Clouzot. Las cosas pueden hacerse con mucha más calma cuando no tienes miedo de que la policía te descubra.

En cierto modo el asunto estaba resuelto.

Pero no era así, señor presidente del Tribunal del Sena.

Porque entonces empezaba mi verdadera pesadilla».

CAPÍTULO III

«No es ningún secreto decirle, señor presidente, que el criminal, en el sentido en que a mí se me puede llamar criminal, vuelve siempre al lugar de su delito. Usted entiende de eso mucho más que yo. Al día siguiente, muy temprano, y después de una noche de terrible insomnio, llamé a la casa de Jean. Nadie me contestó.

Tampoco me pareció extraño.

Horrorizado por lo que había hecho (si es que realmente se había dado cuenta de que lo hacía) estaría vagando por París. Mientras no hubiera cometido ninguna tontería irremediable.

Prefería no pensar en eso.

Me di una ducha iría, tomé un café bien cargado y salí de la Avenue Foch en mi «Capri II» último modelo.

Hice entonces eso de volver al lugar del crimen.

Rodé hasta la obra en que yacía el cadáver del desconocido. Curioseé por allí igual que si pensara comprar un piso en el inmueble que se estaba construyendo y me cercioré de que la zanja de los cimientos que a mí me interesaba había sido recubierta. En efecto, casi dos metros de hormigón cubrían aquella zanja que la noche anterior estuvo vacía.

Respiré tranquilizada.

Las máquinas seguían trabajando incansablemente.

Fui a comer algo a las cercanías del palais Justice, sin imaginar que tantas y tantas veces debería visitarlo luego, y acto seguido me puse a buscar a Jean. Ocupé el día entero en eso. Fui a todos los lugares en que debía haberlo encontrado normalmente, sin olvidar ni uno.

Pero no tuve éxito.

Jean había desaparecido por completo.

Ya reventada, torné de nuevo el «Capri» y decidí volver a casa. Mientras tanto había anochecido. Lloviznaba suavemente sobre París. Era una noche triste, un poco agobiante, en que sin saber por qué pensaba en la presencia del diablo.

Porque yo pensaba que el mal me rodeaba.

Que estaba junto a mí.

Usted también hubiera pensado eso, señor presidente del Tribunal del Sena.

Lo único que me tranquilizaba era el
ris-ras

del limpiaparabrisas al ir de un lado a otro, como marcándome los límites de mis propios pensamientos. Hacía una perra noche y sin embargo me empezaba a sentir bien. El «Capri» es un coche confortable. Da seguridad. Tiene algo de íntimo.

Para volver a casa di un rodeo, como de costumbre, por el Bosque de Bolonia. Es el mejor camino porque apenas hay tráfico. Y en una noche como aquélla no se veía a nadie. Era como atravesar un desierto.

De pronto noté algo detrás de mí.

La mano se posó en mi hombro.

Era una mano helada, ganchuda.

Oí la voz:

—Gira a la derecha.

Y vi por el retrovisor la cara.

Aquella cara que rae pareció espantosa.

Aquellas facciones que conocía bien.

Aquel rostro que me pareció diabólico.

El rostro del muerto».

* * *

«Sí, ya lo sé, señor presidente del Tribunal del Sena. A partir de ahí ustedes no han creído una palabra. Han tenido para mí frases más o menos compasivas, más o menos de hombres que quieren entender, pero no han creído nada. Y sin embargo es verdad. Juro que es verdad. Aunque sé que fue a partir de aquel momento cuando todo empezó a dar vueltas en torno mío, cuando empecé a volverme loca.

La voz insistió:

—¡A la derecha!

No tuve fuerzas para desobedecer.

Y me metí en una especie de túnel.

Usted conoce el Bosque de Bolonia.

De día es bonito, pero de noche... ¡Dios nos libre de él!

Estaba destrozada de miedo.

Creo que era eso lo que me paralizaba. Lo que quitaba las fuerzas. Lo que me convertía en una cosa flácida y sin ánimo para resistir.

Porque era el muerto.

Estoy segura.

Lo veía bien...

... ¡ERA EL MUERTO!

Todo lo que había oído decir sobre posesiones diabólicas, sobre sortilegios y sobre maldiciones del Más Allá volvió a mi mente, pero la realidad fue mucho más sencilla. Sentí un golpe en la nuca y me bamboleé en el asiento. Entonces sentí que me arrojaban hacia atrás, sobre el asiento. Casi no me daba cuenta de lo que ocurría porque estaba aturdida a causa del golpe.

El muerto vino hacia la parte delantera como un gato.

Usted, señor presidente, se extrañará que le siga llamando el muerto. Y sé que ésa ha sido una de las razones para que nunca me creyeran. Pero ¿cómo voy a llamarle? A pesar de lo que sucedió, ¿cómo voy a llamarle?

Lo encontré de pronto sobre mí. Me di cuenta de que había echado el asiento hacia atrás. De su boca surgía una risita satánica.

Y me di cuenta de lo que iba a suceder.

Me buscaba.

Era espantoso, era irreal, era algo que estaba más allá del satanismo, pero que me sucedía a mí... ¡a mí!

Fui a gritar con todas mis fuerzas y entonces me golpeó brutalmente en la garganta.

No sé lo que me pasó.

El miedo me dominaba.

Y el asco.

Y algo que no sé explicarle porque está más allá de las fronteras convencionales en que se mueven los sentimientos de este mundo.

Lo más angustioso era que había gente cerca de allí. Un coche se

detuvo apenas a veinte metros de nosotros, pero la pareja que lo ocupaba no nos hizo caso. Seguramente se dedicaban a lo mismo que nosotros, pero ella queriendo. Yo sentía una náusea que me removía las entrañas. Cuando el muerto me dejó, estuve a punto de perder el sentido.

Ni siquiera vi cómo se iba.

Creo que luego me puse a vomitar.

Me sentía poseída por todos los espíritus del mal. Un asco invencible me dominaba. Y también un miedo espantoso, porque lo que me había ocurrido a mí no le había ocurrido jamás a nadie... ¿ser poseída a la fuerza por un hombre al que la noche antes había dado sepultura!

Ya le he dicho que todo eso estaba incluso más allá del satanismo.

Me sobrecojía.

No sé cómo pasó el tiempo. De pronto me encontré sola en aquel sector del Bosque de Bolonia. Si no me atracaron o no hicieron conmigo otra vez lo que ya habían hecho, fue porque Dios se apiadó de mí. Pero la lluvia golpeaba con fuerza el techo del «Capri» y eso fue lo que me devolvió una parte de mis fuerzas. De la forma que pude, conduje hasta casa.

Y a la mañana siguiente presenté la denuncia.

Ya no se trataba de un asesinato ritual.

Se trataba de algo mucho más espantoso.

No estaba dispuesta a callar después de aquello. De modo que fui a la policía, y ahora sin molestarme en consultar siquiera a Clouzot.

El que no te hace caso una vez, no te lo hace nunca.

Entonces fue cuando el juez de instrucción me conoció. Entonces fue cuando usted, señor presidente, oyó hablar por primera vez de mí. Y cuando me dijeron que estaba loca. Y cuando me acusaron de envolverles en un clima de pesadilla.

Sí, pienso que quizá fue entonces cuando realmente empezó todo.

Al recordarlo, aun hoy, todavía siento una horrible náusea».

CAPÍTULO IV

«De todos modos he de reconocer que fueron muy amables conmigo. En especial Javert, el inspector que en seguida se ocupó del caso. Javert empezó por decirme que a él no le gustaban las aristócratas, que él había nacido en una calle pobre, cerca de la Plaza de los Vosgos, y que se había educado en una escuela gratuita. Reconozco que al principio no me gustó nada tampoco a mí, pero he de ser sincera y reconocer que cumplió con su deber del mejor modo posible. Y eso que no resultó fácil.

Imagine usted la situación, señor presidente del Tribunal del Sena.

Ya debe haber leído docenas de veces el sumario. Ya debe estar empapado de mi caso. Pero no me vio en aquella situación, cuando me presenté por la mañana en la policía.

No sé qué pensarían de mí.

Más vale no imaginarlo.

En primer lugar yo confesaba haber asistido a una sesión de satanismo cerca de la Porte de la Chapelle.

Hasta aquí nada.

Hay mucha gente que se pirra por todas las cosas raras y por todas las brujerías. Cada día más.

Yo confesaba que había visto matar a un hombre en una especie de asesinato ritual.

Bueno, eso ya era grave.

Y que había ocultado el cadáver para no comprometer a un pariente mío.

Eso ya pasaba de grave. Era, además, extraño.

Y que luego me había violado el muerto.

En fin, recuerdo que el comisario jefe, al oírme hablar, salió un

momento del despacho y se fue a buscar dos cafés calientes en la máquina automática. Volvió y me sirvió uno. Luego se acercó un policía con una botella de coñac. Era Hennessy. Estupendo, pero yo sólo bebo Napoleón. De todos modos estaba aceptable con el café, y al menos animaba. Luego el comisario me dijo con paciencia:

—Ahora vaya a su casa y descanse.

Estaba claro que no me creía.

Recuerdo que me eché a llorar.

Estuve llorando mansamente, quietamente, mientras aquellos hombres me miraban con lástima, como si yo fuera su hija.

Y entonces entró Javert.

Él era demasiado joven para ser mi padre.

Tenía un poco de cara de perro de los barrios bajos Me miro con indiferencia. Y dijo sin interés:

—Ah... La aristócrata. Ya me lo habían contado.

Eso de la aristócrata lo dijo con el mismo tono de asco con que los jueces nombrados por Robespierre debían enviar a los nobles a la guillotina.

Le miré con un relámpago.

Y él gruñó:

—Cada día tenemos más trabajo. París es una selva. ¿Y usted no ha podido inventar una cosa más sencilla para distraerse, señorita?

Quise decir algo, quise insultarle tal vez, pero recuerdo que me eché a llorar de nuevo. Todos los policías que estaban allí hombres curtidos al fin y al cabo, no sabían que decir. Al fin el propio Javert se encogió de hombros mientras murmuraba:

—Bueno, algo habrá que hacer, ¿no?

Y me trajo otro café.

No se les ocurría otra cosa. Entre todos conseguirían que aquel líquido negro me saliera hasta por las orejas.

—¿No me dan nada para firmar? —susurré después de beber—. He hecho una denuncia grave. Ustedes tienen que escribir algo.

El comisario jefe me miró compasivamente.

—No hemos hecho atestado, señorita Duplessis.

—¿Por qué?

—Bueno... Será mejor comprobar primero algunos de los hechos.

Estaba más claro cada vez que no creían una palabra. Que me

tomaban por una loca, Y un atestado, aunque esté firmado por una loca, da mucho trabajo a la policía, porque no deja de ser un documento oficial. Por lo tanto querían asegurarse antes.

Javert se encogió de hombros nuevamente.

—En fin, algo habrá que hacer —murmuro, como si aquélla fuera su frase favorita—. Supongo que la señorita Duplessis querrá acompañarme.

—¿Adonde? —pregunté.

—Pura rutina. Comprobaremos los hechos. Y no se preocupe, porque luego volveremos aquí y firmaremos lo que usted quiera.

Me puse en pie.

—Estoy ansiosa de que lo comprueben —dijo—. Lo único que no quiero es que me sometan a examen médico-legal. Deben creer mi palabra si les digo que fui violada.

—Sí, claro, claro... —Gruñó Javert sin ningún interés, pensando seguramente: «Todas esas marranas con ropa interior de seda, dicen lo mismo».

Y salimos en un coche como tantos otros, lo que los policías llaman un coche camuflado para poder investigar sin llamar la atención. Recuerdo que era un «Peugeot» muy bueno. Javert me pregunto:

—¿Sabría encontrar la calle?

—Sí. Yo le guiaré: Conduzca de momento hacia la Porte de la Chapelle.

Lo hizo, y yo le indiqué la casa. Vi el viejo palacio. Me estremecí al encontrarme de nuevo ante la puerta.

Supe que no me atrevería a entrar.

De un modo instintivo, me pego al brazo del joven policía.

Y entonces ocurrió la cosa más inesperada del mundo. Bueno, reconozco que era natural, pero a mí me pareció asombrosa. Aquella puerta que a mí me daba tanto miedo, se abrió y por ella apareció un camión ligero cargado de hortalizas frescas. No se podía pedir una vulgaridad mayor. Pero no era sólo eso. Todo el patio estaba lleno de camiones semejantes, los cuales eran cargados de frutas y verduras por una serie de tipos con pinta de argelinos mal pagados. Aquello era como un mercado en pequeño. Recuerdo que me llevé dos dedos a la boca y lancé una especie de gemido de asombro.

—¿Qué dice ahora, aristócrata? —preguntó Javert con gesto aburrido—. A mí ya me parecía recordarlo pero ahora estoy seguro. Estos viejos palacios de los barrios viejos ya van siendo ocupados para las cosas más vulgares. Por ejemplo para almacenes de chatarra. O para centros de carga y descarga de verduras. ¿Seguro que fue aquí?

—Se... seguro.

—Bueno, pues entonces entremos.

Parecía resignado.

Vi la escalera de nuevo y me estremecí. No, no me equivocaba. Los argelinos que cargaban los fardos me miraron descaradamente como si pensarán que yo era una tía buena o algo parecido. Se me comían con los ojos, y es que las mujeres están en París muy caras. Javert me preguntó:

—¿Era en el primer piso?

—Sí.

—¿Qué había en él?

—Un pasillo con esculturas y un cartel muy viejo diciendo que aquello había sido un estudio o aleo parecido.

—¿Seguro?

—Claro...

—Pues yo no lo veo.

Me mostraba el pasillo, en efecto, pero allí no había esculturas ni nada. Las cajas se apilaban. Había tomates cuyos fardos decían Importé d'Espagne.

Y olía intensamente a fruta fresca. Todo aquello era una especie de pequeño mercado central. En el sitio donde a mí me pareció ver la habitación de las macabras danzas —¡y estoy segura de que la vi!— no se distinguían más que cajas vacías. Ni de paredes de terciopelo, ni de puertas, ni de altares diabólicos, ni de humos parecidos a incienso había nada.

Javert no me miraba.

No dejaba de ser una cortesía por su parte, ya que es seguro que había burla en sus ojos.

—¿De modo que era aquí? —preguntó.

—Le juro que...

—No se preocupe, aristócrata —dijo alzando un poco la mano—.

Usted tranquila. Veamos más adentro.

Pero más adentro no había nada. Sólo una gran habitación que en su tiempo debió servir para recepciones a la nobleza. También de allí se desprendía un intenso y agradable olor a frutas frescas.

Sentí que todo daba vueltas en torno mío. Usted, señor presidente del Tribunal del Sena, no puede saber lo que es eso. Era como si, de repente, todos los relojes del mundo se hubieran puesto a marcar el tiempo al revés. Aparentemente no pasaba nada, pero allí había algo que me volvía loca.

—¿Podemos irnos? —pregunto Javert.

—Pues..., pues claro que sí.

—Entonces vamos.

—Oiga, usted no estará imaginando que...

—No, yo no imagino nada. Y además seguimos haciendo la comprobación, no se inquiete. ¿Por dónde dice que arrastró el cadáver?

—Hasta las escaleras.

—¿Pesaba mucho?

—Unos sesenta y cinco o setenta kilos.

—Resulta bastante, pero usted me parece una chica fuerte. Claro, ya se sabe: buenos colegios, buenos alimentos, ejercicio físico y todo eso. ¿Luego lo hizo rodar por las escaleras?

—Sí.

Descendimos.

Las escaleras eran de peldaños muy bajos y elegantes. Él buscaba huellas, pero no encontró nada, abajo preguntó:

—¿Estaba aquí el «CX»?

—Sí. Y mire. Aquí tengo las llaves aún.

Se las entregué. El pareció aliviado, como si después de todo dijera: Bueno, al menos hay algo que concuerda...

—Perfecto —susurró—. Usted lo metió en el porta equipajes y luego salió. Dígame hacia dónde fue.

—Más allá del nuevo distrito de La Defense.

—¿Le importa que vayamos?

—¡Por Dios, claro que no!

Le aseguro, señor presidente del Tribunal del Sena, que yo estaba en un callejón sin salida. Y lo sabía. Cuando halláramos el cadáver, ¿cómo podría afirmar yo que me había violado dentro del

coche? Era demencial. Pero tenía que seguir las cosas paso a paso y estaba decidida a hacerlo.

De modo que fuimos.

Los enormes bloques que forman el nuevo distrito más allá del Bosque de Bolonia salieron a nuestro encuentro. Los bordeamos y nos metimos entre las obras de nueva construcción. Hice que se detuviera en el sitio justo donde me había detenido yo.

—Es aquí.

—Los cimientos ya están cubiertos —dijo Javert.

—Por eso lo oculté en un sitio así.

—¿Se da cuenta de que sin una orden judicial no conseguiré que los remuevan?

—Pues pida una orden judicial.

El me miró con cara de fastidiado mientras gruñía:

—¡Qué cosas tiene usted, aristócrata!

Para pedir una autorización judicial hace primero falta un atestado en regla de la policía, y ésa era la aventura que no estaban dispuestos a correr. No les convenía dar estado oficial al asunto. No se puede perder tiempo con una loca.

Salió del coche y gruñó:

—Veré si les convenzo.

Debió convencerles, porque quince minutos después, llegaron varios hombres con un compresor y un par de martillos neumáticos. Se pusieron a destrozar el cemento que aún estaba casi fresco en el sitio exacto en que yo les indiqué. Trabajaron como condenados casi una hora.

Y al fin se debieron acordar de mi padre.

Porque allí no había nada.

Llegamos hasta la tierra virgen nuevamente.

Nada.

Yo sentía una náusea. Me inspiraba miedo mi propio cuerpo. La sensación de lo irreal se había apoderado tanto de mí que necesité apoyarme en el coche mientras me estremecía brutalmente.

Javert dijo:

—Le traeré un café.

—No, por Dios, café no.

—¿Tiene algo que añadir?

—Estaba... ahí.

—Seguro, supongo.

—Sí.

—¿No se habrá confundido con otros cimientos? De noche es fácil.

—No. Estoy segura de que eran éstos. Para llegar hasta ahí con el coche, hube de sortear los dos pilares numerados que tenemos a la izquierda.

—Hum...

—No me cree, ¿verdad?

—Naturalmente que la creo. Estamos en un país libre y usted tiene derecho a decir lo que le plazca. Bueno, ahora vamos al sitio.

—¿Qué sitio?

Me miró significativamente y yo le entendí. No quería decirlo delante de todo el mundo. Mascullé:

—Le guiaré hasta el Bosque de Bolonia.

Me sentía tan aturdida que hube de cerrar los ojos. Los obreros que habían destrozado parte del relleno de cemento me miraron como si quisieran guillotinar me...

Javert gruñó:

—¡Eso os pasa por no haber apoyado más al señor Mitterrand, idiotas! ¡Luego vienen los aristócratas y hacen con vosotros lo que les pasa por las narices!

Y salimos de allí.

Javert me miraba hoscamente a hurtadillas.

Yo le irritaba profundamente, estoy segura, pero al mismo tiempo noté que por nada del mundo dejaría de cumplir hasta el fin su deber.

Dimos una vuelta por el bosque.

De día todo parecía muy distinto y por lo tanto me costó encontrar el sitio. Pero de pronto dije con un estremecimiento:

—Era allí.

Nos detuvimos. Él me miró significativamente.

—Es un lugar al que vienen muchas parejas —dijo.

—Sí. Otro coche se situó... apenas a diez metros.

—¿Y usted no pudo gritar?

—Ya le he dicho que me había golpeado y además estaba... horrorizada.

—¿Tiene novio?

Me estremecí.

—No.

—¿Había hecho eso otras veces?

—¿Qué quiere decir?

—Me sabe muy mal preguntarle esto. Y, por favor, no se ofenda. Pero necesito saber si es usted virgen Bueno, si lo era.

Esta vez el estremecimiento fue brutal en mi cuerpo. Al fin y al cabo soy una chica de buena familia educada en las Damas Negras. Todo aquello me producía una náusea, pero logré decir secamente:

—Sí. Lo era.

—¿Cuál es su coche?

—Un «Capri II».

—¿Dónde lo tiene?

—En el garaje.

—Vamos allá.

Supe lo que quería y sentí una terrible vergüenza, pero ya estaba lanzada por aquel camino negro y no tenía más remedio que seguir en él. Con la mirada perdida fuimos a mi garaje. Él se inclinó sobre el asiento delantero izquierdo del coche, donde según mi declaración había ocurrido todo.

Yo había limpiado aquel asiento por pura vergüenza.

Pero una mujer virgen no como las otras.

Él tenía que notarlo. Y lo notó.

—¿Lo limpió usted? —dijo sin mirarme.

—Sí.

—Bueno, según parece es cierto lo que afirma —susurró—. Al menos hay dos cosas que concuerdan: las llaves del «CX» y esto. En fin, le confieso que me gustaría ayudarla. Si usted no lo hizo voluntariamente debió ser... un mal trago.

—Claro que no lo hice voluntariamente. ¿O qué piensa?

—Nada, nada... Por favor, a los policías tronados como yo se les enseña a no pensar. En fin, ya hemos llegado a la última etapa. Hemos hecho todo el camino. ¿Recuerda algo que pueda ayudarla?

—No me cree, ¿verdad?

—No sé qué decirle. Me limito a constatar hechos.

—Pero ahora tendrá un testimonio que lo va a aclarar todo. Antes de resolver la ocultación del cadáver pedí consejo telefónicamente a mi abogado, el señor Clouzot. Usted debe haber

oído hablar del señor Clouzot.

—Sí. Es muy famoso. Y muy honesto según parece. Cosa extraña, siendo un abogado de aristócratas.

—¿Qué tiene usted contra los aristócratas?

—Nada, nada...

—¿Usted cree que hubiese llamado un domingo por la tarde a un hombre como el señor Clouzot por algo que fuese mentira?

—Imagino que no, pero eso lo dirá el mismo.

—¡Claro que lo dirá!

Lo más terrible de todo aquello era que encima no me creyese nadie, que me tomaran por una loca. Por lo tanto estaba decidida a llegar hasta el fin, con tal de que no se enterase la prensa. Indiqué a Javert:

—Vamos. Ahora estará en su despacho.

En efecto, Clouzot estaba allí. Acababa de volver de los tribunales. Su secretaria particular me sonrió afectuosamente.

—Hola, señorita Germaine. Que feo día el de ayer, ¿eh?

—Horrible.

—¿Quiere ver al patrón?

—Si me lo permite entraré yo solo —murmuró Javert—. Usted quédese aquí, señorita Duplessis. Serán diez minutos.

—¿Por qué no he de estar yo delante?

—Es la costumbre —murmuró él.

—¿No quiere que le haga señas o que sugiera yo misma las respuestas?

—Si usted le hiciera señas yo me dada cuenta —dijo Javert con paciencia—. De verdad, señorita Duplessis. Lo hago porque es la costumbre.

Y me dejó sola en una gran pieza que estaba llena de librotes de Derecho. Nunca he entendido cómo la gente no muere envenenada después de tragarse uno de esos rollos de cuatro mil páginas. Tomé una revista y fingí leer, pero no pude. Oía el tictac de un viejo reloj como si sonara dentro de mi cráneo. Había estado en aquel mismo despacho otras veces para asuntos legales de familia, pues en casa tenemos dinero. Y nunca me había dado cuenta de que era un despacho siniestro. Ahora todo se me venía encima. Había momentos en que me hubiera puesto a chillar.

Y entonces los vi venir a los dos.

Intenté levantarme.

Pero no pude. Las rodillas me fallaron y quedé sentada otra vez en el diván, yo creo que cómicamente.

Porque me había bastado con ver la cara de asombro y pena de Clouzot. Y yo sabía que era un hombre sincero. Y me quería. El hecho de que me mirara como un bicho raro ya lo decía todo.

—Te traeré un café, Germaine —empezó.

—Por favor..., no.

—Oye... —Clouzot se sentó a mi lado y tomó paternalmente mis manos entre las suyas—. Calma, Germaine, mucha calma... Tú sabes lo que apreciaba a tus padres y toda tu familia. Y lo que te aprecio a ti.

—Lo... lo sé.

—Bueno, pues entonces no supondrás que te engaño, ¿verdad?

—¿Por qué iba usted a engañarme?

—Perfecto... Perfecto... En este caso vete. Ya todo está resuelto. Ya le he dicho al inspector lo que le tenía que decir.

Y me miró compasivamente, como si yo fuera un caso sin remedio. Aquello me rompió por dentro. Lo entendía muy bien. Me harían volver a casa y dentro de una hora me enviarían al psiquiatra. Clouzot habría rogado al policía que guardara silencio sobre aquello y que me dejaran en paz, molestándome lo menos posible. Me parecía adivinar la voz de Clouzot: Es un caso de médicos y no de policías, amiga mía.

Mis dientes rechinaron sin que yo me diera cuenta.

—Prefiero hablar aquí —dije—. Y ahora.

—¿Hablar? ¿De qué?

—Clouzot, yo le llamé el domingo.

—Pues..., ¡pues claro! Pero deja eso, pequeña. Ya lo arreglaremos todo, ¿sabes? Tú no te preocupes. Déjalo en mis manos. Para algo soy tu abogado, ¿no? No olvides que te he visto nacer.

Me estremecí. Precisamente porque me había visto nacer me horrorizaba la actitud de Clouzot. Volví a sentir que los relojes marcaban las horas al revés. Volví a sentir esa cosa misteriosa que no es nada, pero que trastornaría al mundo.

—Por favor —dije—, yo le llamé el domingo.

El abogado miró a Javert. Su mirada era patética. Yo adiviné

que le había dicho que él no recibió ninguna llamada.

Javert musitó:

—Mire, señorita Duplessis, yo prefiero llamar a las cosas por su nombre. El señor Clouzot me ha pedido que olvidemos este asunto y yo estoy dispuesto a hacerlo. Dentro de poco usted se pondrá en manos del médico y aquí paz y después gloria. No es asunto nuestro. No veo la necesidad de prolongar más tiempo unos trámites que son un suplicio para usted y para todos.

—Pero es que él..., ¿le ha dicho que no llamé?

—Cierto. Usted no llamó.

—Pero... Pero...

—No insista; me lo ha jurado.

Bruscamente me acometió la ira. Quizá por la enorme confianza que yo tenía en Clouzot, aquello me destrozó los nervios. No pude más. Salté hacia él como una tigresa, dispuesta a arañarle la cara.

Y lo curioso fue que se lo dejó hacer. Se lo dejó hacer con la misma mirada patética y amarga, como si supiera que estaba ante una enferma contra la que nada se podía intentar. Yo noté su piel desgarrada y cerré los ojos. De pronto sentí una terrible, una lacerante, una amarga vergüenza. Retrocedí poco a poco. En los ojos de Clouzot leí el horror.

Aquello era el fin.

Era verdad. Yo estaba loca.

Hundí la cabeza.

Y me puse a llorar mansamente, tiernamente. Por primera vez en muchos años, me puse a llorar como una niña».

CAPÍTULO V

«Aquí es donde debo insistir en que Javert se portó muy bien, señor presidente del Tribunal del Sena, pues él sabía que aquélla era una causa sin salida y al mismo tiempo le estaba fastidiando. Pero cumplió con su deber basta el fin. Mientras daba las gracias a Clouzot y me sacaba de allí dijo a mi oído:

—No se preocupe. No le he creído una palabra a ese abogaducho de las bellotas. Seguiremos investigando.

Una vez en el coche, me tuve que sonar las narices como una chiquilla. Me sentí avergonzada, hundida. Había caído al fondo de un abismo donde jamás creí que llegaría a caer. Y lo extraño era que... ¡en todo lo demás me sentía tan normal! Hubiera sido capaz de aprobar un examen de ingreso en la Universidad en aquel mismo momento. No, yo no podía estar loca.

Javert susurró:

—Un café, tal vez.

Negué con la cabeza.

—No, por Dios...

—Bueno, allá usted. Yo no conozco bebida mejor pero a lo que iba: ese abogado me ha dicho que usted no le llamó por la sencilla razón de que estuvo fuera toda la tarde, ensayando no sé qué obra. ¿Es verdad eso de que es aficionado al teatro?

—Sí —dije con un hipo.

—¿Dónde ensaya?

—En un local de aficionados de la rue Grenelle.

—Bueno, pues vamos allá. Si comprobamos lo de usted también hemos de comprobar lo de él, ¿no?

Y nos dirigimos hacia el sitio que yo le había indicado. Era un lugar tranquilo donde en otro tiempo hubo un local socialista o algo

así. Ahora, una serie de compañías de aficionados usaban el modesto teatro. Allí encontramos a un conserje que estaba leyendo L'Équipe.

Javert le mostró su credencial.

El conserje escupió.

—Puerco policía capitalista —dijo.

—Sólo faltaba eso —murmuró Javert—, maldita sea. ¿Usted sabe lo que yo gano?

No, ni me imparta. ¿A qué ha venido aquí?

—Necesito saber si el domingo ensayaron por la tarde las compañías de aficionados que suelen utilizar el local.

—Claro que ensayaron... Todos los domingos está aquí. No me dejan descansar ni ese día... ¿Y a viene todo esto, oiga?...

—Quiero saber si estuvo ensayando el señor Clouzot.

—Ah, Clouzot... Parece mentira, oiga. Un tío que se gana la vida y está ahí con esos muertos de hambre como si no tuviera nada más que hacer. ¡Claro que estuvo ensayando! Tiene la mar de interés porque le va a dar no sé qué papel importante. La gente que tiene una cosa desea otra, oiga. Los actores desean ser abogados y los abogados desean ser actores. Nadie está contento con lo que tiene, maldita sea. Bueno, ya me ha oído. ¿De qué más desea enterarse ahora?, maldita sea.

—Necesitaría precisar las horas en que estuvo aquí.

—Eso es fácil. No sólo le vi yo, sino también el director de la obra. Precisamente el director de la obra está aquí, repasando los decorados. ¿Quiere hablar con él?

—Sí —dijo Javert—, claro que sí. ¿Puedo pasar un momento? ¿Verdad que no le importa?

—No me queda más remedio que ceder ante la violencia —dijo el hombre que leía

L'Équipe

—. En fin, haga lo que le dé la gana. Sí Mitterrand hubiera ganado las elecciones, sería otra cosa.

Entramos en el local. Yo me di cuenta de que Javert estaba dispuesto a llegar hasta el fin y no quería dejar ningún cabo suelto. Vimos un teatrillo bastante digno, pero con la modestia que suelen tener todos los teatros de aficionados. Lo menos debía contar ochenta años. Las barandillas se caían de viejas y los decorados

mostraban el yeso desnudo, pero todos los que actuaban allí no veían lo que tenían ante los ojos. Sólo pensaban que un día serían grandes actores de la Comédie Française. Incluso a hombres como Clouzot, su situación actual les importaba poco con tal de conseguir esa efímera gloria.

Un hombre con unas gafas de diez dioptrías estaba allí examinando unos bocetos del decorador. Nos miró como si le hubiéramos sorprendido en un delito.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? —murmuró—. ¿Qué quieren?

Javert le mostró su credencial.

—Perdone —dijo—, no es nada que se refiere a usted Sólo quiero hacer una comprobación rutinaria.

—¿Sobre qué?

—¿El domingo ensayaron?

—Sí, claro que sí. Ésta es una compañía de aficionados. Nuestros actores sólo suelen tener libres los domingos y algunos los sábados. Pero no todos.

—¿Estuvo aquí el señor Clouzot, el abogado?

—Naturalmente. Tiene una ilusión enorme y le hemos dado un papel importante.

—¿A qué hora estuvo? ¿Lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. Fue una tarde muy laboriosa para todos, ¿sabe? Vino aquí después de comer y no se marchó hasta cerca de las diez de la noche.

—¿Sin... sin interrupción? Quiero decir si siempre estuvo aquí. Si no salió ni un momento para nada.

El de las gafas se las quitó un momento para frotarse los ojos somnolientos. Luego se las volvió a poner con un gesto de cansancio.

—No, claro que no. No estuvo fuera ni un minuto, y eso se lo puedo garantizar porque no se movió de mi lado. Y además no se lo digo yo, sino que está el testimonio de todos los otros actores que intervienen en la obra. ¿Quiere sus teléfonos?... Pero bueno... A todo esto, ¿qué pasa? ¿Es que el señor Clouzot se ha metido en un lío? ¡Pues estaría bueno! ¡Sólo faltaría eso!...

Yo diría que Javert había envejecido en cinco minutos.

Evité mirarme.

Yo hubiese jurado que sentía lo que pasaba.

Pero esta vez no pude resistirlo. Me apoyé en un borde del escenario y me puse a llorar. Luego me puse a maldecir, a lanzar gritos, a dar patadas a todo el mundo como si me hubiera vuelto loca. Recuerdo que tuvieron que sacarme entre cuatro mientras intentaba morderles. Recuerdo también que aquella noche dormí en una de las salas de urgencia del hospital de la Santé, después de que me hubieron inyectado más calmantes que a una poseída por el demonio.

Javert pidió que dejaran a mi lado un termo de café por si tenía sed. Fue el colmo».

CAPÍTULO VI

«Señor presidente del Tribunal del Sena, ya sé que éste es el relato de una loca. Ya sé lo que ustedes pensaron de mí al principio: que era una irresponsable, una visionaria y que no valía la pena perder tiempo conmigo. De modo que mis declaraciones no llegaron a tener más que un remoto estado oficial: consistieron en unas cuantas notas que la policía en seguida archivó. Al día siguiente me llevaron a mi casa y me dejaron al cuidado de mis familiares. Nadie creyó que yo hubiera asistido a una sesión de satanismo; ni que hubiera visto matar a un hombre; ni que hubiera sido violada por el muerto. Nadie creyó nada de nada.

Señor presidente del tribunal, quizá ha llegado ya el momento de que le hable un poco de mi familia más cercana. En esta calma de la prisión de La Roquette, donde he pasado sola tantas horas, los recuerdo como si los tuviera conmigo otra vez. Y en aquellas horas angustiosas que pasé después de la salida de la Santé, fueron las únicas personas que realmente pudieron salvarme.

Debo hablarle de mi prima Gabrielle.

Ella vive conmigo en la Avenue Foch. Es una mujer joven, agradable, que tiene aficiones tan pacíficas como coleccionar sellos y cuidar pájaros. También vive con nosotros mi primo Claude, mi prometido. Gabrielle desprecia a Claude porque dice que lo único que él desea es mi dinero. Sus discusiones son constantes y siempre amargan las que pudieran ser horas tranquilas de la casa.

Por último, vive con nosotros Michel. Michel es una especie de criado, de jardinero, de chófer y de guardaespaldas, pues ya sabe usted que en una casa tan grande y rica como la nuestra hace falta un hombre que constantemente la proteja.

Fue Gabrielle la que vino a buscarme a la Santé a la mañana

siguiente y me llevó a la Avenue Foch sin hacerme una sola pregunta. Yo le agradecí su silencio, su solicitud, pues realmente estaba deshecha. Claude, que me esperaba en el jardín, me abrazó fuertemente cuando yo no había hecho más que atravesar la verja.

Gabrielle le miró con desprecio.

Claude no trabaja. Estudia Bellas Artes y tiene carácter para ser un gran pintor, pero Gabrielle piensa que eso es perder el tiempo. Que lo que debiera hacer es arrimar el hombro. Como él no gana de ninguna manera lo suficiente para pagarse un hospedaje en París, habita en una de las habitaciones superiores de mi casa, donde lo mismo se dedica a la pintura que a la escultura, Pero tenemos buen cuidado de no quedarnos solos por el qué dirán. Además, Gabrielle nos vigila constantemente.

Fueron ellos los que me recibieron y me hicieron entrar otra vez en el ambiente de las cosas normales, el ambiente de las cosas que yo amaba. Me sentía destrozada, pero las habitaciones conocidas y las caras amigas me aliviaron infinitamente. Sobre todo al ver que Claude seguía tan solícito conmigo como antes. Eso tenía un inmenso mérito, porque quizá la policía le había hablado de mi declaración en el sentido de que yo había sido violada.

Fue Claude el que murmuró:

—Yo te diré lo que vas a hacer, Germaine: no saldrás de aquí en unos días. No recibirás a nadie. Verás como todo esto pasa. Ha sido una pesadilla sin sentido de las que acabarán ocurriéndonos a todos. A mí me extraña que, con la agitación que se lleva hoy día, aún haya personas en París que no se han vuelto locas.

Hundí la cabeza.

—Claude —musité.

—¿Qué, Germaine? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Lo que podrías hacer por ella es marcharte —dijo Gabrielle secamente—. Y trabajar de una vez.

—Por favor —supliqué— no empecéis otra vez ahora.

—¿Qué quieres que haga?, Germaine —murmuró sumisamente Claude—. Arreglaré en seguida lo que tú me pidas.

—Lo único que quiero es que vendas mi «Capri» —dije.

—Pero..., ¡si es nuevo!

—Véndelo a cualquier precio, Claude.

—Bue... bueno. De acuerdo... ¡Si tú lo dices!

—Y no pienso estarme encerrada aquí. Llévame a pasear, a dar vueltas, a hacer algo que me distraiga. Si me quedo aquí pensando acabaré volviéndome loca de verdad. Por cierto, ¿dónde está Jean?

Los dos se miraron.

Había confusión y pena en la expresión de Claude. Había contrariedad en la de Gabrielle. Pero yo estaba segura de que sólo en ella podía confiar realmente, de que era Gabrielle la que quizá en el fondo más me quería.

—Mira —me dijo ella.

Nos acercamos a una de las ventanas que dan a la parte posterior de la casa, Esta, como usted sabe, señor presidente, es un precioso chalet de los pocos que quedan en la señorial Avenue Foch. La parte posterior está destinada a aparcamiento de nuestros coches y los de nuestros visitantes. Vi en ella el «CX» de Jean.

—¿Es que ha vuelto? —musité.

—Sí. Hace una hora estaba aquí pero ha ido a hacer una serie de gestiones. Creo que volverá.

Me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre. De modo que Jean estaba allí... El me explicaría lo que había ocurrido; él demostraría que yo no mentía y que efectivamente estuvimos en aquella casa donde tenía lugar la ceremonia satánica. Pero al mismo tiempo sentía un miedo horrible a encontrarme con él. Miedo a que me dijera por ejemplo: ¿Pero qué cuentas ahora? ¡Si tú y yo no nos hemos visto en los últimos dos meses!...

—Supongo que querrás verle —musitó Gabrielle.

—¿Qué... qué os ha contado la policía?

—Nada, Que tuviste un trastorno y perdiste pasajeraamente la memoria. Nada de importancia. Pero si quieres haremos que te vea el doctor Blanchard.

Yo estaba segura de que Gabriel le me mentía compasivamente y que la policía les había dicho algo más pero me callé. Lo único que dije fue que quería cambiarme de ropa y salir de allí: que necesitaba aturdir me, reventarme de andar, meterme en los sitios más insospechados de París para intentar librarme de mis recuerdos.

—Yo te llevaré —dijo Glande—. Naturalmente... Es lo menos que puedo hacer, ¿no? Cámbiate de ropa.

Mientras me daba una ducha fría y me ponía un vestido nuevo, oí discutir a Claude y a Gabrielle. Era la historia de todos los días.

Ella le acusaba de ser un gandul y él le decía que se fuera al infierno.

Al fin salimos. Reconozco que el aire amable de París, su bullicio, sus gentes, me estaban haciendo mucho bien. Me ayudaban a olvidar. No recuerdo muy bien dónde estuvimos, pero me parece que fuimos al Parc de Montsouris, comimos en la *Tour*

D'Argent

y luego estuvimos en un concierto. Lo que sí recuerdo bien es que caían las primeras sombras cuando dimos una larga vuelta en coche. Claude me propuso que atravesáramos en él el cementerio de Ivry.

—Quizá no has estado nunca en él —me dijo.

—No. Ni... ni tengo ganas.

—Pues entonces dejémoslo. Se me ha ocurrido no sé por qué. Los cementerios, a veces, calman. Nos hacen darnos cuenta de que nuestras preocupaciones y nuestros problemas no tienen ninguna importancia. Si todos visitáramos los cementerios una vez al mes, muchos problemas se nos quitarían solos.

—¿Sabes que tienes razón, Claude?

—Bueno, pero un cementerio es triste.

—En fin, pasaremos —decidí.

En Ivry se puede entrar en coche por un lado y salir por el opuesto a través del paseo central, señor presidente del Tribunal del Sena. Ya lo sabe usted bien. De modo que fuimos a muy poca velocidad, pero a poca distancia de la entrada había un coche cruzado que estaba haciendo maniobra. Lo conducía una persona muy inexperta y Claude hubo de frenar, aunque sin atreverse a tocar el claxon. Conducía un pequeño «Renault». Creo que estuvimos allí un par de minutos parados mientras el otro maniobraba.

Ya he dicho que las sombras empezaban a caer, pero aún se veía todo con mucha claridad. Aunque no me gustaba estar tan cerca de las tumbas, me fijé en ellas, ejercían sobre mí una especie de fascinación. Y entonces me enfrenté de nuevo al horror. Y entonces estuve otra vez frente a frente, cara a cara con lo imposible.

Porque casi podía tocar con mi mano la lápida del nicho.

Y en él estaba la lápida con el nombre: A mi querido Roger Cloud.

Y un esmalte con la cara del sepultado allí.
Con la cara de un hombre que yo conocía bien.
¡Con la cara del muerto!...».

CAPÍTULO VII

«Le juro que todo esto es verdad, señor presidente del Tribunal del Sena, le juro que yo no gano nada mintiendo en este momento terrible. Pero allí estaba su cara, allí estaba su odioso nombre y allí estaba, en fin, todo el horror que yo llevaba metido hasta el fondo de las entrañas.

Lo curioso fue que logré dominarme. Hay momentos en que un ser humano saca fuerzas de no sabe dónde. Momentos en que resiste cosas que jamás pensó que podría resistir. No chillé ni hice ningún comentario. Mi única reacción consistió en tensar todo el cuerpo.

Claude lo notó.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Sigamos.

—Parece como si te hubiera asustado alguna tumba...

—No es eso. Por favor, Claude. Sácame de aquí.

—Bueno, como quieras. Cuerno, qué chica más rara.

Atravesamos el cementerio y salimos por el otro lado. Yo estaba reconcentrada y pensativa. Se iba haciendo de noche rápidamente y eso me desesperaba. De pronto tomé una rabiosa decisión.

Estábamos frente a las Tullerías.

—Por favor, Claude, déjame aquí —pedí.

—Pero... ¿Pero por qué?

—Necesito andar.

—Oye, Germaine, tú estás un poco alterada de los nervios. Quiero ayudarte.

—Andando me curaré. Déjame.

Se encogió de hombros y me abrió la portezuela. Con la duda pegada a mis talones, anduve hasta la esquina, donde él no podía verme, y tomé un taxi. Me hice conducir hasta la comisaría donde

tal vez encontrara aún a Javert.

Tuve suerte.

Estaba allí.

Me miró con expresión algo asombrada y susurro:

—Sí que se ha puesto pronto buena, aristócrata...

—Por favor, le necesito.

—Calma, calma... ¿Un café?

—Métase el café donde le quepa.

—¡Qué humos, aristócrata! Pues le aseguro que sus antepasados debían tomarlo mientras miraban cómo los labriegos trabajaban la tierra. Bueno, ¿a qué debemos el placer de su visita?

Estaba claro que se reía de mí, pero yo ahora tema pruebas de que no estaba loca. Las tenía y nadie podía destruirlas. Hice un enérgico gesto señalando hacia la puerta.

—¿Puede acompañarme al cementerio de Ivry? —pregunté.

—¿De noche?

—Aún hay un poco de luz.

—Pero será noche cerrada cuando lleguemos allí. Oiga, a mí no me enrede usted con los fantasmas. El sueldo que me pagan no da para tanto.

—Por favor, sólo usted puede ayudarme... Tengo una prueba de que no soñé. Me bastará con que vea cinco minutos una cosa.

Hizo un gesto de resignación.

—Está bien, de acuerdo... Vamos de una vez, a ver si me deja en paz. ¡Ya podía haber tenido yo la suerte de tomar las vacaciones esta semana!

Me llevó en su coche particular. Era un sencillo «127». Llegamos a Ivry cuando ya era noche cerrada y encontramos también cerradas las puertas del cementerio. Javert tuvo la paciencia de llamar en la vivienda del guarda y mostrar su credencial, pidiendo que nos abrieran. Las puertas chirriaron para dejarnos paso.

Era aquél un mundo alucinante.

Los viejos panteones.

Las cruces.

Los cipreses mecidos por el viento.

Y en lo alto una luna muy redonda, muy quieta, que parecía una de las mil caras de la muerte.

—¿Qué quería mostrarme? —preguntó él.

—Ilumine ese sector con los faros del coche.

—Bueno, si sólo es eso...

Maniobró y lo hizo.

Vi los nichos que tenía grabados en la memoria. Las lápidas, las fotografías esmaltadas, las viejas coronas de flores muertas.

—Allí...

Pero allí no había más que un nicho vacío. El polvo y las telarañas se amontonaban en él. No había lápida ni nada que pudiese recordar lo que yo había visto apenas hora y media antes.

Lancé un sordo gemido.

Javert murmuró:

—Bueno..., ¿qué era?

—Ése... ese nicho...

—¿Que hay de particular en él?

—Estaba la lápida con el nombre del tipo que... que... Bueno, con el nombre del muerto. Y con su cara reproducida en un esmalte...

Javert suspiró con cansancio. Supongo que aquello era ya demasiado para él, pero siguió teniendo paciencia. Con voz ahogada murmuró:

—Mire, querida aristócrata, yo siempre he votado a las izquierdas, pero ahora lo voy a hacer con más entusiasmo todavía. Estoy hasta las narices de todos ustedes. De todos modos voy a ver lo que pasa.

El guardián del cementerio se frotaba los ojos. Gruñó con cara de fastidio:

—¿Qué, inspector? ¿Tráfico de drogas? ¿O acaso piensa que alquilo los nichos para que se hagan el amor las parejas?

—Sólo quiero saber si en ése había una lápida.

—¿En ése?...

—Sí. El que tiene a su lado.

—No me fastidie, inspector. Sacamos de ahí unos restos hace cerca de un año. Si no hay muerto, ¿qué diablos de lápida va a haber?

Javert susurró:

—De acuerdo, gracias.

Parecía apenado, hundido como yo misma. Debía darle pena que una chica tan joven estuviera tan rematadamente loca. Subió al

coche en silencio y me dijo con voz que quería ser la más amable del mundo:

—Mire, aristócrata, la llevaré a su palacio.

Y me dejó en la Avenue Foch. Yo no me atrevía a decir una palabra porque estaba aterrorizada. Había llegado al fondo de mi propio horror, al fondo de mi propia locura. Miraba mis manos como si pertenecieran a otra persona. Y me preguntaba con angustia cómo un ser humano puede llegar tan abajo, cómo puede ser de tal modo poseído por el diablo.

Javert dijo al despedirse:

—Tendrá algún médico que sea amigo...

—Sí.

—Créame: hágale alguna visita. Nada de particular, ¿sabe? Sólo un vistazo. Las personas necesitamos de vez en cuando que alguien se ocupe de nosotros.

Y desapareció.

Yo me encontré sola.

Con la sangre helada en las venas.

Teniendo a la espalda las luces mortecinas de la Avenue Foch.

Y delante las sombras siniestras de la casa.

Atravesé aquel jardín oyendo con mucho horror el sonido de mis propios pasos. Abrí con el llavín. Penetré como una sombra en mi propio dormitorio.

O al menos fui a entrar en él.

Porque dentro estaba el muerto.

Estaba su cara.

Su traje negro.

Sus manos Repugnantes.

Aquellas manos odiosas que avanzaban hacia mí.

Lancé un gemido de horror, di media vuelta, mis dedos arañaron el aire y me hundí como una poseída entre las tinieblas de la casa».

CAPÍTULO VIII

«Las tinieblas...

Las tinieblas lo llenaban todo en aquel mundo que no tenía sentido para mí. Aquel mundo que de pronto me parecía desconocido. Tropezaba con los muebles, con las paredes. Me dominaba la absurda sensación de que jamás había estado en aquella casa.

Abrí al azar una puerta.

No sabía dónde estaba.

Y vi el pasillo.

Me pareció que todo estaba cambiado.

Que aquélla no era mi casa.

Conocía los recodos, las lámparas, los muebles, pero en cambio muchas otras cosas eran terriblemente desconocidas para mí. O no. Voy a ser absolutamente sincera, señor presidente. Eran absolutamente conocidas. Porque allí estaban las esculturas polvorientas que yo vi en el taller donde se desarrolló la ceremonia satánica. Porque allí estaba todo otra vez. Porque era como si volviese a aquel momento espantoso que había cambiado mi destino.

Avancé entre las esculturas.

Allí, al fondo, había una puerta.

Me pareció como si no la conociera.

Y eso que estaba en mi propia casa.

Bruscamente el terror me acometió. Necesitaba encontrar un refugio, pedir auxilio a alguien, encontrarme con una presencia humana. Empujé aquella puerta y vi unos brazos que venían hacia mí.

Lancé un estertor.

Bruscamente me había detenido.

Mis ojos se extraviaron.

Porque delante mío estaba Jean.

Jean, al que había visto matar al hombre que ahora estaba a mi espalda. El muerto que... ¡volvía hacia mí!

El horror fue más fuerte que yo misma. Me envolvió, me acometió, me ahogó. El horror hizo que mis ojos se desencajaran. Y entonces comprendí que todo era una maniobra pútrida, que Jean se había puesto de acuerdo con aquel tipo, que entre los dos querían volverme loca y hacerme caer hasta lo más bajo, hasta lo más abyecto, hasta la última frontera de la desesperación. Porque oí en aquel momento como Jean murmuraba:

—Aquí la tienes... ¡Ven a por ella...!

Me sentí acorralada.

Era demasiado para mí.

Me encontré hundida hasta los últimos escalones del miedo, de la duda, del asco. Sólo sabía que necesitaba librarme de aquello como fuese. Librarme a toda costa de aquella pesadilla sin nombre.

Jean me cortaba el paso.

Parecía querer entregarme a los brazos del muerto.

Y vi entonces las tijeras sobre los libros. Las vi al alcance de la mano. No sé si Jean sabía que estaban allí, pero yo las distinguí como si fueran la única cosa que había en la habitación. Mis manos trémulas las sujetaron.

Y no lo pensé más.

El propio horror me guiaba.

No era yo misma.

Bruscamente hundí las tijeras en el cuello de Jean.

Hasta su garganta.

Vi su cara de horror.

Oí su gemido gutural.

Un gemido que se confundió con mi propio grito de miedo.

Y vi saltar la sangre.

La noté en mis manos.

Era caliente, viscosa.

Era como una borrachera macabra, como una locura sin nombre, como si actuase una persona lejana que nada tenía que ver conmigo.

Hundí las tijeras otra vez.

Y la sangre saltó hasta las paredes como un manto rojo.

Cuando Jean cayó, me di cuenta de que estaba muerto. Y yo caí de rodillas también, gateando como una bestia salvaje. Mis propios gritos me asustaban. Me parecían surgidos de una garganta distinta. Noté que patinaba sobre la sangre.

Cuanto Gabrielle vino hacia mí, perdí el sentido. No podía más. Mis ojos desenchajados no veían. Mis manos eran también las de una muerta».

CAPÍTULO IX

«Seguro que fue entonces cuando usted oyó hablar por primera vez de mí, señor presidente del Tribunal del Sena. Aquella mañana leería los periódicos y diría entre asombrado y divertido: ¡Vaya! ¡También la gente de la alta sociedad se entretiene cometiendo crímenes!

Por entonces el millón de arañas negras ya estaba en mi cráneo, pero sólo yo lo sabía. Las oía removerse, zumbar, vivir, poner sus repulsivos huevos para que otros millones de arañas nacieran. Creo que durante dos días, quizá tres, me tuvieron en la clínica, con sedantes y con tratamiento para el *shock*. Pero yo sabía que era inútil porque las arañas estaban allí, en el interior de mi cráneo. Destrozaban mi vida.

Fue Javert el que vino cuando yo empezaba a encontrarme mejor. Ni Gabrielle ni Claude se habían apartado de la cabecera de mi cama, pero cuando la policía se presentó allí de una manera oficial hubieron de dejarme sola. De todos modos reconozco que Javert se siguió portando con corrección, pese a que yo era una asesina. Lo que hacía era mirarme con indefinible lástima.

Se sentó a mi lado y preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—No siento... nada.

—Lo comprendo muy bien. Le han administrado tantos calmantes que no es usted misma. Pero quiero que oiga bien mis palabras, Germaine Duplessis (era la primera vez que me llamaba por mi nombre y apellido y aquella solemnidad), todo lo que diga tiene una gran importancia ahora. Y si usted desea hablar en presencia de su abogado, puede hacerlo. Está en su derecho.

Negué con la cabeza.

—Dentro de poco es posible que venga el juez de instrucción —indicó él—. Debe estar preparada.

—Lo comprendo.

—¿Sabe que la acusan de homicidio?

A mí me parecía como si acusaran a otra persona. Dije con indiferencia total, a causa de los calmantes:

—Sí. Lo sé.

—Debe saber otras cosas. Sus familiares, los que viven con usted, Gabrielle y Claude también están acusados de encubrimiento, aunque su problema es menor.

—¿Encubrimiento... ellos? ¡Pero si no hicieron nada...!

—En realidad han hecho mucho. Han tratado de esconder el cadáver y luego, al ver que no era posible, han hablado de un accidente. Todo tan absurdo que no tenía pies ni cabeza, pero estaba claro que pensaban ayudarla a usted. Legalmente no nos ha quedado más remedio que acusarlos.

Cerré los ojos. Pobre y conmovedora Gabrielle... Triste y sufrido Claude... Los dos, sin pedirme nada, me habían ayudado en el momento del infortunio. Sentí que unas lágrimas quemaban en el fondo de mis pupilas mientras las manos me temblaban sobre la colcha.

—No les acusen —susurré—. Yo confesaré lo que sea.

—Bien... Será mejor para usted. Le advierto que, aunque le parezca mentira, todos queremos ayudarla.

—Me creen una loca, ¿verdad?

—Al menos una enferma.

Y mientras acercaba el micro de un magnetófono a mis labios inseguros, invitó:

—Hable.

Yo empecé a narrar.

Dije lo que sabía.

Hablé del cementerio.

De las estatuas o esculturas en el pasillo de mi casa.

Del muerto en mi habitación.

De Jean que quería ayudarlo.

Mientras hablaba, el viejo horror volvía a mí. Mis manos temblaban. De no estar Javert conmigo, creo que me hubiera puesto a chillar.

Él no me interrumpió ni una vez. Sólo cuando hube terminado, preguntó:

—¿Cree que Jean y aquel hombre querían violarla?

—Supongo que dice eso como un buen argumento para la defensa, ¿no?

—Lo ignoro. No sé si es buen argumento o es malo. Sólo lo pregunto.

—Tengo la sensación de que me estaban acorralando.

—¿Usted obró en defensa propia?

—Sólo sé que tenía un horrible miedo.

—¿Y dice que había esculturas en el pasillo?

—Las mismas que estaban en la casa de... la casa cercana a la Porte de la Chapelle.

—¿Aquella que ahora sirve como almacén y en la que usted creyó ver toda aquella ceremonia satánica?

—Estoy segura de que la vi.

—Bueno, eso no debemos discutirlo ahora. Yo me voy a ceñir a las esculturas. ¿Dice que estaban allí?

—Sí.

El me miró con fijeza.

—Oiga —dijo inesperadamente—. Gabrielle y Claude se odian.

—Lo sé, pero... ¿a qué viene eso?

—Los dos han declarado por separado que sí, que allí había unas esculturas, pero procurando cada uno dejar en mal lugar al otro. Luego, cuando les hemos pedido que dieran detalles, no han coincidido en nada. Tampoco han dicho dónde podían estar ahora aquellas esculturas. Parece claro que quisieron ayudarla a usted diciendo que sí, que habían visto esas esculturas y que usted decía la verdad, pero las esculturas no existen. Ni siquiera han sabido ponerse de acuerdo para los detalles. Lo han hecho muy mal.

Otra vez volvió a mí el horror.

Me daba cuenta de hasta qué punto querían ayudarme. Y eso sólo tenía un sentido: me veían absolutamente perdida. Sabían que estaba loca y hacían por mí lo que estaba en su mano. De lo contrario no se hubieran metido en un lío semejante.

Un sollozo hizo que se convulsionara mi cuerpo.

—¿Qué piensan hacer? —musitó.

—Yo nada. Transmitiré sus declaraciones y luego las firmará

usted si cree que coinciden con la hoja que le pasaremos. Su defensor empezará a intervenir a partir de ese momento. Lo demás ya no depende de mí, sino del juez de instrucción y, más adelante, de los Tribunales del Sena.

Me sonrió de una manera que yo hubiese jurado que era afectuosa y salió. Momento después quedé hundida en mi propia soledad.

Y empezó aquella batalla con el absurdo, pero en la que había una sola verdad: yo me había convertido en una asesina».

* * *

«Desde entonces, señor presidente del Tribunal, se inició una batalla legal que yo tenía de antemano perdida, pero en la que recibí conmovedoras ayudas que no imaginaba. En primer lugar, Gabrielle, Claude y Michel dijeron que Jean me estaba maltratando cuando yo lo maté. Realmente no podían decir eso porque no habían visto nada, pero deseaban ayudarme y cualquier sistema les parecía lícito. En segundo lugar estaba Clouzot. Curiosamente, él que siempre me había tratado de tú, empezó entonces a tratarme de usted, como si quisiera mantener las distancias, pero me ayudó con todas sus fuerzas. Lo que dijo ante el juez de instrucción fue más que convincente: yo era una pobre irresponsable. Era una muchacha que sufría pesadillas y que, en un momento de crisis, había matado a un hombre en quien creía ver un enemigo mortal.

Tampoco la policía fue muy dura.

Ni la Prensa.

La Prensa me consideró siempre una enferma. Sentía compasión de mí. Se montaron historias más o menos fantásticas en que yo aparecía como una muchacha perseguida por el diablo, pero en todas ellas se obtuvo de mí una imagen simpática. La gente que creí que me volvería la espalda me ayudó. Sobre todo los periódicos en los que no creía, fueron algo así como mi arma secreta. El clamor del público estaba conmigo.

La cosa duró un mes. Todo el mes que yo permanecí en la clínica sometida a tratamiento y a vigilancia.

Por fin, el juez de instrucción resolvió el archivo provisional de lo actuado hasta entonces. Más o menos eso quería decir que no volverían a tocar el asunto si no surgían nuevas pruebas, y como las

pruebas no iba a buscarlas nadie, la cosa se iría olvidando hasta quedar muerta. No muerta del todo, claro, porque tendría que celebrarse un juicio, pero quizá tendría lugar dentro de tres años y sería de pura rutina. Se decretó mi libertad provisional sin fianza.

Un éxito de mi abogado. Ya lo supo usted desde el primer momento, señor presidente del Tribunal. Un éxito también de todos los que habían creído en mí y me habían ayudado poniendo cada uno su granito de arena.

Cuando volví a la casa me sentía aturdida.

Había adelgazado mucho.

Docenas de fotógrafos me esperaban en la Avenue Foch y yo creo que tiraron miles de placas. Al día siguiente todas las revistas de actualidad tendrían mi foto en color. Creo que esboqué alguna tímida sonrisa y eso me hizo simpática. Pero le juro, señor presidente del Tribunal, que no lo hice a propósito. No fue una maniobra con vistas a lo que había de suceder luego. Yo no me preparé el terreno para nada.

Por supuesto que la casa me deprimía, y que la vista de la habitación donde había matado a Jean era demasiado para mí. Por lo tanto, fue la propia Gabrielle la que me aconsejó que hiciese un viaje y que luego me cambiara. Estuve en Grecia un par de semanas, como usted sabe, con permiso especial del juez. Luego dejé la casa de la Avenue Foch, que quedó solo al cuidado de Michel y Claude, y yo me instalé en un apartamento de las cercanías de Saint Germain en compañía de Gabrielle. Al menos aquél era un lugar animado, lleno de bullicio, donde resultaba imposible creer en fantasmas.

Hasta que sucedió aquello.

Hasta que se iniciaron mis contactos con el diablo.

Pero ésta es otra historia».

CAPÍTULO X

«Fue Javert el que vino a verme cierta tarde a mi nuevo domicilio cercano a Saint Germain. Me dijo que había estado comprando unos libros en los alrededores de la Sorbona y que había venido por casualidad, pero yo no lo creí. La investigación seguía abierta para ellos y me estaban vigilando. Después de decirme que tenía una cara mucho más saludable, susurró:

—Hemos hecho investigaciones sobre Jean.

—¿Y por qué les interesa eso ahora? —pregunté intranquila.

—No sé... Son las cosas rutinarias que nos mandan los jefes. Generalmente se tienen retratos más completos de los muertos que de los vivos. Parece que no era ninguna gran persona. Iba siempre un poco a salto de mata.

—Pero vivía bien —susurré.

—Demasiado bien para no trabajar. ¿De dónde sacaba el dinero?

—A veces pedía préstamos. A mí me debía bastante —dije.

—Todo eso la favorece, ¿sabe? Si usted hubiera matado a un obispo estaría metida en un lío. Matar a un fresco es otra cosa, aunque la ley diga que todo el mundo es igual. Ah... Además es cierto que se dedicaba a asuntos de satanismo.

Respiré hondamente.

—O sea, que dije la verdad —susurré.

—No aseguro tanto. Sólo digo que tenía amistades raras en esos círculos. Hay mucho majareta suelto por ahí, ¿sabe? Adoradores del diablo y todas esas cosas. No sé hasta qué punto Jean estaba metido en esos ambientes, pero me parece que no le resultaban extraños. Oiga...

—¿Qué, inspector?

—¿Usted cree en esas cosas?

—Sólo creo en las fuerzas espirituales, pero no sé cómo explicarlo. Hay fuerzas espirituales superiores a nosotros. Lo demás no sé definirlo.

—Encontramos una carta de Jean, ¿sabe?

Me estremecí.

—¿Una carta dirigida a mí? —barboté.

—No. Realmente no iba dirigida a nadie. Bueno, si... Era extraño, iba dirigida a Michel, aunque sin pronunciar su nombre. Michel es una persona de confianza que ustedes tenían en el Avenue Foch, ¿no?

—Sigue viviendo allí y sigue siendo una persona de confianza.

—Claro... Realmente se ha portado muy bien. Bueno, Jean le decía a Michel que cuidara de sus cosas. Aunque ya sabía que lo haría.

—¿Y por qué iba a saber que lo haría?

Javert se encogió de hombros.

—Bueno, ése es un asunto que no puedo aclarar. Sólo se lo digo por si a usted se le ocurre algo.

—¿Qué se me va a ocurrir?

—Entonces olvídelo.

Y me estuvo dando conversación un rato sobre cosas indiferentes, pero yo supe entonces que había venido por eso: por si yo sabía alguna cosa acerca de la carta de Jean que habían hallado a última hora. Eso significaba que seguían estando alerta y que algo les preocupaba pero no estaban dispuestos a decirme que era. Querían jugar con todas las ventajas. Interrogarme sin soltar prenda.

Al día siguiente vino a verme Claude.

Tenía un aspecto preocupado.

No sé si le he dicho, señor presidente del Tribunal, que Claude es mi novio por motivos familiares, porque mis padres y los suyos hubieran visto con gusto que las cosas acabaran así. Por otra parte admiro su alma de artista y su sensibilidad. Conmigo siempre ha sido muy tímido, además, lo que hacía que le apreciase en mayor grado. A veces tenía la sensación de que le protegía, de que era un ser que dependía de mí, que sin mi estaría perdido.

Generalmente era un hombre alegre.

Pero esa tarde estaba preocupado, a pesar de que debía andar

bien de dinero porque administraba el mío con cierta libertad. Y yo noté en sus ojos algo que no había notado nunca: el miedo.

Era un miedo extraño.

Algo incomprensible.

Como si la luz de lo irreal se le hubiera aparecido en algún lugar conocido, al fondo de un pasillo o en una habitación cerrada.

—¿Qué te pasa? —susurré.

—Germaine, me parece que no voy a seguir allí —susurro.

—¿Allí? ¿Dónde?

—En la casa de la Avenue Foch.

—¿Por qué?

—Bueno... Es Michel.

—¿Qué pasa con Michel?

—Fue a buscar cosas al piso de Jean.

—¿Y qué?

—Las ha metido en su habitación. Y las cuida.

—Bueno, eso... no tiene importancia.

—Ha dejado su coche. Lleva el de Jean.

—Será porque le parece mejor.

—No lo creo. Hasta ahora los «Citroën» no le habían gustado nunca. Decía que la suspensión tan blanda le mareaba.

—Habrá cambiado de gustos.

Claude se mordió los labios.

—Bueno, tampoco es eso —murmuró—. No sé cómo decirte.

—Pues no me lo digas.

—¿Y a quién se lo voy a contar? ¿A la policía? No tiene sentido. Sé que estás asustada e irritada Germaine pero yo me encuentro acorralado por mis propias ideas, por mi propio miedo. Eres la única persona de este mundo en quien tengo confianza. No sé cómo explicarlo: eres la única. Y de repente me ha dado por pensar cosas. Me ha dado en pensar en la posesión de un hombre por el alma de un muerto, y cosas por el estilo.

Me estremecí, señor presidente.

Todo aquello me trastornaba.

Era como si me hubieran puesto bruscamente el aedo en una llaga que aún seguía abierta.

—Tonterías —dije, necesitando defenderme.

—No sé si lo son. Ahora ya no estoy seguro de nada. Oye... En la

Avenue Foch se vive más tranquilo desde, que no está Gabrielle, ¿sabes? Gabrielle se encuentra aquí contigo y yo me siento como liberado, porque la existencia junto a ella era inaguantable. Me odia... Pero me estoy desviando de la verdadera cuestión. A lo que iba. No sé cómo explicarte que, de pronto, la casa de la Avenue Foch se ha llenado de pequeños horrores. Michel... hace exactamente los gestos que hacía Jean. Tiene los mismos gustos, aunque antes eran tan antagónicos. Vive rodeado de los objetos de Jean. Lee sus libros pese a que antes ni siquiera les quitaba el polvo. Y hay algo más: ESTÁ SU MIRADA. No sé cómo decírtelo, pero es la mirada de Jean. Son sus mismos ojos. Cada vez que la noto en aquellas habitaciones vacías, siento un estremecimiento. No puedo vivir con él allí, tengo la sensación de que vivo con un fantasma.

Su voz era quieta, trémula. Era la voz de un hombre que realmente tiene miedo y que no puede dominarlo. Yo misma me sentí impresionada por aquellas palabras. No sabría explicarlo, señor presidente del tribunal del Sena, pero me pareció que volvía al clima de pesadilla. Que otra vez la sombra de Jean y la del hombre al que había visto morir flotaban en el aire de la habitación.

—Voy a marcharme de allí —dijo Claude pesarosamente.

—Y si te marchas, ¿dónde vivirás?

—No sé... El caso es que no me acostumbraría a otro ambiente. Si tú me dieras algo de dinero me instalaría cerca de Barbizon, en una casa de campo. Allí hay magníficos paisajes para pintar. Ya los había el siglo pasado, cuando una auténtica escuela de artistas se instaló allí.

—Claro que te daré algo de dinero, pero..., pero es que no entiendo lo de Michel. Siempre fue un hombre muy equilibrado y que además no sentía la menor simpatía por Jean.

Él se llevó un momento las manos a los ojos. Parecía tan asustado que no podía mirar a ninguna parte. Con voz que no parecía la suya musitó:

—Pienso que Jean quizá no era lo que tú y yo pensábamos. Imagino que quizá tenía poderes diabólicos, ¿sabes? Sobre esto las personas normales no sabemos nada. De repente nos encontramos envueltos por lo inexplicable, nos damos cuenta de que todo vacila en nuestro derredor y no somos capaces de decir a qué se debe. Yo

he llegado a pensar que el alma de Jean, el muerto, se ha apoderado de Michel. Tampoco es algo tan nuevo. En las viejas religiones ya se habla continuamente de este tema. Y en los últimos días me he hartado de leer libros de psiquiatría y parapsicología. Parece que, incluso sin la intervención de poderes diabólicos, cuando una persona llega a estar profundamente impresionada por la muerte de otra, llega a adoptar un poco sus costumbres, sus gustos, su modo de pensar. A su manera LA HACE REVIVIR. Y pienso que quizá es eso lo que le está ocurriendo a Michel. Lo cierto es que no puedo seguir viviendo allí. No puedo...

Estaba aterrado, y su terror me envolvía a mí. El viejo miedo venía de nuevo a mi presencia como una oleada. Estreché la mano de Claude, aquel hombre que no se atrevía ni a besarme, y dije con voz opaca:

—No te preocupes. Puedes irte cuando quieras a Barbizon. Pero yo hablaré antes con Michel. Quiero saber si eso es cierto.

Porque notaba de pronto algo oscuro dentro de mí.

Las fuerzas del Mal me fascinaban.

Eran como un vino venenoso que embriaga.

Yo no podía dejar aquello así. Yo NECESITABA SABER.

Estábamos Claude y yo con las manos unidas, mirándonos a los ojos, cuando apareció Gabrielle. Ya sabe usted, señor presidente, que Gabrielle vivía conmigo cerca del bulevar Saint Germain desde que me decidí a cambiar de residencia. Clavó inmediatamente en Claude una mirada de desprecio.

—¿Ya está ese golfo aquí? —preguntó.

Y fue a la pequeña cocina. Las cosas que llevaba en el bolso se le cayeron al suelo. Parecía loca de rabia, Claude miró hacia la puerta entornada y me cuchicheó al oído una cosa que no se había atrevido a decir nunca:

—No te enfades, Germaine, pero yo creo que ya conozco la razón de que esa mujer me odie tanto. Yo no le he hecho nada, pero cada día me odia más. Y, por otra parte, no se separa de ti. Fíjate: no se separa de ti ni de día ni de noche.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver?

—Está enamorada de ti —me dijo brutalmente.

Cerré un momento los ojos.

Aquellas palabras habían sido un impacto que me hacía daño.

—No digas tonterías —murmuré al cabo de unos instantes que me parecieron eternos.

—No son tonterías: son anormalidades. Pero desde los remotos tiempos de Safo de Lesbos, esas cosas no extrañan a nadie.

—Gabrielle siempre me ha demostrado un afecto normal. Somos primas.

—Sí... Ella y yo somos tus únicos parientes, por decirlo de algún modo. También lo era Jean. En fin, no sé por qué te he dicho esto... Ah, sí, por su maldito odio. Aunque en realidad no debería importarme, ¿sabes? No, no debería importarme.

Y miró otra vez hacia la puerta.

Detrás de ella, Gabrielle había roto un vaso. Y los pedacitos de cristal, según supe luego, se le habían quedado incrustados en el picadillo de langosta, de modo que no había modo de separarlos. Hubo de tirarla.

Y al precio que están los alimentos hoy día, ni una mujer rica, señor presidente, puede aguantar esas cosas demasiado tiempo».

CAPÍTULO XI

«Usted ya lo sabe por las fechas, señor presidente del Tribunal del Sena. Lo peor de la pesadilla estaba por llegar, lodo culminó a la noche siguiente, cuando yo decidí volver a la vieja casa de la Avenue Foch.

¿Por qué lo hice? Ni yo misma lo sé. Quizá era por esa fuerza oscura que ya había intuido una vez: por la fascinación de los poderes del mal. Porque, si Jean se había apoderado de Michel, si vivía en él, yo necesitaba saberlo. Me daba cuenta de que no podía soportar aquella duda, de que no podía continuar así.

Después de la venta del «Ford» no me había comprado ningún otro coche. Por cierto, Claude había ingresado meticulosamente en mi cuenta el dinero de la venta, lo cual no era tampoco demasiado normal en él. Por lo tanto, tomé un taxi y me hice conducir a la casa donde casi todos mis antepasados habían vivido.

Había poca gente a aquella hora en la hermosa avenida.

Todo estaba tranquilo.

Utilicé el llavín y entré.

Sabía que me encontraría allí con Claude. A aquellas horas siempre estaba trabajando en casa.

—Claude... —llamé—. Claude...

No me contestó nadie. El silencio de las habitaciones era agobiante. Las luces que antes me habían gustado tanto, ahora me parecían lejanas y sombrías. Los rincones estaban poblados de fantasmas. Me pregunté cómo había podido vivir tantos años en una casa donde se criaban tantas sombras.

—Claude...

Nada. No debía estar allí.

Pero tampoco Michel.

Convencida de que perdía el tiempo, fui, sin embargo, al sitio donde trabajaba mi prometido. Vi la gran habitación por cuyos ventanales no entraba ahora más que la luz de la luna. Todos los cuadros estaban vueltos de cara a la pared, y todas las esculturas — pues ya le he dicho que Claude también es escultor— estaban cubiertas por sábanas. Nunca he visto tal procesión de espectros, tan sobrecogedora procesión de fantasmas.

Pero no tuve miedo. Lo que me dio miedo fue aquella música. Era una música lejana e irreal que procedía de las mismas entrañas de la casa. Era una pieza de Vivaldi que no había oído desde los tiempos en que Jean pasaba temporadas con nosotros. La tenía grabada en cinta y la escuchaba con mucha frecuencia. Era el único que lo hacía; a los demás no nos gustaba apenas.

Y ahora aquella música venía hacia mí.

Me acechaba desde las entrañas de la casa.

Me buscaba.

Quedé pegada a la pared, quieta, aterida de miedo, de angustia, conteniendo la respiración. Sentí como si Jean hubiera revivido.

La música avanzaba por el pasillo.

Venía hacia la puerta.

Yo estuve a punto de lanzar un grito mientras me mordía los puños de miedo, pero no di un paso para huir. Tampoco hubiera sabido por dónde. Vi con los ojos desencajados cómo la puerta se abría poco a poco.

Y ocurrió la cosa más vulgar del mundo.

Michel entró.

Llevaba en la derecha el magnetófono portátil de Jean.

De él brotaba aquella música. Parecía muy complacido oyéndola como si de pronto..., ¡como si de pronto le gustase! ¡Parecía disfrutar con ella cuando en realidad la había odiado siempre!

Michel lanzó una especie de gruñido al verme allí.

Murmuró:

—¿Pero qué haces?

Me tuteaba. Siempre había sido un sirviente agradable y respetuoso, y ahora, de pronto, me tuteaba. Algo había cambiado del todo en él. No parecía el mismo. Como si de repente, por su boca, hablara otra persona.

—¿Es que no puedo venir a mi casa? —pregunté.

El lanzó otro gruñido y me miró de la cabeza a los pies. Nunca lo había hecho así. Tenía la sensación de que hasta entonces no se había dado cuenta de que yo era una mujer; y de pronto me repasaba como hubiera repasado a una prostituta. Su mirada era la de Jean. Una mirada que buscaba mis curvas, mis piernas mi boca.

Pero yo no me quise dar cuenta de eso. El miedo podía más.

—¿Desde cuándo te gusta esa música? —pregunté.

—Me encanta.

—Pues antes no te gustaba.

—¿Antes? ¿Pero qué dices? Siempre me ha gustado —murmuró sin dejar de mirarme.

—Oye, Michel, ¿desde cuándo nos tuteamos?

—Siempre te he tuteado.

—¿Cómo dices...?

—Bueno, no hay para ponerse así. Oye..., ¿jugamos una partida de damas?

Yo había jugado muchas veces a las damas con Jean. Era el único juego de salón que le gustaba. Y recordaba muy bien que Michel nos miraba con una especie de rencor y decía que aquella era una forma estúpida de perder el tiempo.

—¿Desde cuándo te gustan? —susurré.

—Me han gustado siempre.

Todo aquello iba pudiendo más que yo. De repente me sentía aterida; el propio frío de mi sangre pasaba a mis músculos y me impedía moverme. Y oír a vez sentí en mi cuerpo aquella mirada caliente y ávida: aquella mirada que en otro tiempo tuvo Jean, pero que Michel no había tenido nunca.

—Vete de aquí —dije secamente.

—¿Por qué me voy a ir?

—No me gusta que estés en esta habitación.

—¡Pero si es la mía...!

De todas las cosas terroríficas que me habían ocurrido hasta entonces quizá era ésta la más espantosa y la más imposible de dominar, señor presidente del Tribunal del Sena. Porque de repente me di cuenta de que Claude había tenido razón. Michel ya no era Michel. Era... ¡JEAN! ¡Eran los ojos del muerto los que me miraban, era la boca del muerto la que hablaba por su boca...!

Empecé a retroceder.

Sentía miedo.

No puedo negarlo.

Me ahogaba mi propio horror.

Reconozco que Michel no hizo nada por perseguirme, aunque me miraba con una especial sorna. Él se estuvo quieto, pero yo retrocedí poco a poco. La angustia me dominaba. La respiración me quemaba en el pecho.

Y vi las estatuas cubiertas por las sábanas.

Más cerca que nunca.

Más siniestras.

Más amenazantes.

Pasé entre ellas. Era como si aquellos sudarios hubiesen de protegerme. Me deslicé entre sus contornos. Las rocé.

Superficies duras.

Materia inanimada para la que no existía el tiempo.

¿Materia inanimada?

¿Pero qué era aquello?

¿Por qué, de repente, toqué ALGO BLANDO?

¿Aleo parecido a un cuerpo humano?

¡Por qué me di cuenta, de repente, de que a mi lado, bajo la sábana, no tenía una estatua, sino un hombre!

Señor presidente, fue el miedo lo que me hizo reaccionar. Fue aquel horror espantoso. Aquella sensación de que los poderes diabólicos me dominaban. Fue la angustia lo que me obligó a mover las dos manos a la vez.

Y a retirar la sábana.

Entonces vi que bajo ella no había ninguna estatua. Era un hombre que me miraba fijamente.

Un hombre que tendía las manos hacia mí.

Era... el muerto al que ya había visto una vez.

El que ya estaba allí cuando maté a Jean.

El que me había perseguido.

¡EL MUERTO!

¡Avanzaba hacia mí!

¡Me buscaba tendiendo las manos como un espectro! ¡Me acorralaba! ¡Me cortaba todos los caminos de huida! ¡Penetraba como un veneno en mi sangre, igual que hubiera penetrado el veneno del diablo...!».

CAPÍTULO XII

«Ya sé lo que usted piensa al leer todo esto. Usted, en la serena placidez del Palais du Justice, viendo pasar las aguas mansas del Sena bajo los ventanales de su despacho, debe creer que soy una visionaria y una loca. O bien una cínica redomada, una malvada sin el menor rastro de conciencia que ha hecho coincidir las cosas bien para disfrazar de locura unos asesinatos repugnantes. Bueno, yo no puedo penetrar en sus pensamientos, señor presidente del Tribunal, pero le juro que cualquier mujer en mi caso hubiera hecho lo mismo. Allí estaba el monstruo al que había visto morir. El mismo que yo había sepultado entre los cimientos de una casa. El que habían cubierto de cemento armado. El que luego, sin embargo, había llegado a violarme. El que me acorraló, surgiendo de las sombras del infierno, la misma noche en que maté a Jean.

Y entonces me di cuenta de que la locura volvía a mí.

De que mi vista se nublaba.

Desesperadamente traté de huir.

No tenía otra cosa en el pensamiento.

De mi garganta escapó un gemido gutural, un gemido que no parecía humano.

Salté hacia atrás. Fui hacia la puerta. No quería más que huir... Lo juro. No quería más que huir. Estaba en mi derecho, señor presidente. Sólo pensaba en escapar de aquel horror. Salté hacia la puerta, lo repito. No quería matar. No quería hacer daño a nadie. Sólo huir..., huir..., huir...

Dios santo, estaba en mi derecho.

Huir...

Pero entonces oí la risita diabólica de Michel. Entonces me di cuenta de que me cortaba el paso otra vez. De que iba a

acorralarme y a enviarme contra el monstruo como había hecho Jean aquella maldita noche. De que, en realidad, él era Jean... Era Jean... ¡ERA JEAN!

Usted me ha preguntado muchas veces de dónde saqué aquel cuchillo. Dicen que lo llevaba preparado. También me lo ha preguntado el juez de instrucción. En realidad ha sido como una pesadilla. Y yo siempre les he contestado que el cuchillo lo llevaba porque para mí era esencial. Porque ya no era capaz de ir a ninguna parte sin él. ¡PORQUE TENIA MIEDO!

No hubiera podido pedir licencia para armas de fuego porque ustedes no me la hubiesen dado. Si estaba en libertad provisional..., ¿qué cuernos de arma de fuego iba a pedir? Pero el cuchillo sí. El cuchillo era algo que me acompañaba y me daba confianza. De pronto lo encontré en mi mano derecha porque era todo lo que tenía para defenderme. Todo lo que tenía...

Y lo hundí dos veces en el pecho de Michel.

Pero ustedes no me han entendido, señor presidente.

No me ha entendido nadie. Era como si yo estuviera matando otra vez a Jean. Compréndalo... Estaba cometiendo sencillamente el mismo crimen otra vez. No se trataba de un crimen distinto. ¡ERA A JEAN A QUIEN MATABA!

Michel me miró con ojos aterrados.

Y de pronto cayó al suelo. Se había llevado las manos al pecho por el que brotaba un chorro siniestro de sangre. Volví la cabeza porque no podía soportar aquello.

Y de pronto vi... ¡que el muerto había desaparecido!

¡En la habitación ya no había ningún ser humano!

¡Sólo las estatuas cubiertas por las sábanas!

Pero ¿aquél era realmente un ser humano?

¿O yo me encontraba en presencia del propio diablo?

Lancé un chillido gutural, un chillido ronco y largo, y me puse a gatear por el suelo. Los psicoanalistas dicen que a veces, cuando una persona está trastornada por el horror, busca refugio en las viejas sensaciones infantiles. Yo lo estaba haciendo. Me parecía que, gateando por el suelo, no me iba a ocurrir nada malo. Que era una irresponsable. Que no me podrían detener.

No sé cuánto tiempo estuve así. Todo daba vueltas en torno mío. De repente volví a la realidad o a algo que se parecía a la realidad.

Vi el cadáver a poca distancia. Me di cuenta de que había cometido un segundo crimen.

Hasta la muchacha más tonta hubiera comprendido que aquello podía significar la pena de muerte. Ustedes lo han dicho bien: la pena de muerte está en el Código y a veces no queda más remedio que aplicarla. El primer caso no estaba cerrado aún y, por lo tanto, yo era una reincidente. Me estremecí de horror mientras buscaba una salida.

Y me di cuenta de que había una. Bueno, al menos había una para ganar un poco de tiempo. Eso era de momento todo lo que podía pretender.

En la habitación no entraba más que Claude, de modo que podía guardar el cadáver allí durante un día o dos, hasta que empezara a oler mal. Todo consistía en pedirle a Claude que no se acercara por la casa.

Y él lo haría.

Claude nunca me negaba nada.

Salí de aquella habitación maldita, cerré la puerta con llave y me di cuenta de que mis manos y mis ropas estaban manchados de sangre. Por lo tanto, fui al pequeño jardín de la parte posterior y enterré mis ropas con el cuchillo. Nadie me vio gracias a que hice aquello a oscuras y además estaba tapada por los árboles.

Luego me di una larga ducha.

Y me cambié de ropas.

Por el momento había borrado las huellas más personales del crimen. Ahora sólo me faltaba limpiar la sangre de la habitación y deshacerme del muerto.

Telefoneé a Claude. Tenía que hacerlo antes de que viniera a dormir. Yo sabía que lo encontraría en un café de artistas de Montparnasse, un café que no era tan famoso como La Coupole, por supuesto, pero donde se reunían unos cuantos aspirantes a la inmortalidad y que de momento iban viviendo un poco a salto de mata. Cuando le pregunté al camarero si estaba allí, me contestó que Claude se pondría al teléfono en seguida.

—¿Qué pasa, querida? —Oí su voz al cabo de un instante.

—Claude, tienes que hacerme un favor.

—El que tú quieras. ¿De qué se trata?

—Voy a irme unos días fuera de París. Me han recomendado un

hotel que está a mitad de Chartres, a una hora de coche.

—Me parece perfecto, Germaine. Ya debieras haberlo hecho antes. Es una cosa comprobada que París no te sienta bien.

—Oye, Claude, pero quisiera que tú me dices una impresión directa de ese hotel. Ya sabes cómo están mis nervios. Necesito tranquilidad y un cierto ambiente que me guste. ¿Sería demasiado pedirte que durmieras un par de noches en él y luego me dijeras qué te ha parecido?

—¡Pues claro! Mañana mismo voy allí. Es el Never, supongo. Es el mejor que hay en la zona, ¿no?

—Justo. Pero tienes que ir esta noche.

—¿Esta noche?

Parecía muy sorprendido, y su sorpresa era lógica. Yo le suplique:

—Es un favor que te pido, Claude. No me lo puedes negar. Ya comprendo que quizá no esté muy bien de los nervios en este momento, pero no puedo evitarlo. Sólo iré a ese hotel si tengo del mismo referencias directas.

—De acuerdo, de acuerdo... Tomo el coche y voy. Pero me gustaría cambiarme de ropa.

Me estremecí.

—No, Claude. Ve ahora mismo, sin perder un minuto. Ya te explicaré. ¿Tienes dinero?

—Me gustaría recoger un poco más en casa.

—Déjalo... Yo misma enviaré un giro telegráfico a ese hotel mañana por la mañana. Lo recibirán mucho antes de que te presenten la cuenta.

Y colgué.

Así no habría más obstáculos.

Quedé sentada junto al auricular mientras mis ojos daban vueltas y más vueltas por la habitación vacía. Necesitaba encontrar algún sistema para sacar el muerto de allí. ¿Enterrarlo en el jardín? Sería absurdo. Con un cuchillo y unos vestidos se puede hacer, pero no con un cadáver. Al final llegué a la conclusión de que tampoco podía hundirlo en los cimientos de un edificio porque la policía ya sospecharía inmediatamente de una cosa así. No me quedaba más remedio que llevarlo muy lejos, quizá a las costas de Bretaña. Y despeñarlo por un acantilado donde las olas lo destrozaran poco a

poco, hasta hacerlo irreconocible.

Michel no tenía familia. Nadie le buscaría.

Yo podría decir que se había largado. Y era más que posible que la policía me creyera. ¿Quién se preocupa de un hombre como Michel...?

Llegué a esa conclusión. Y decidí sacarlo a la noche siguiente. Telefoné a Gabrielle diciéndole que dormiría en la Avenue Foch y que estuviera tranquila. Gabrielle se ofreció a acompañarme, pero, naturalmente, me negué. Pero insistió en tono áspero en que debía tener cuidado con el sinvergüenza de Claude.

—No te preocupes, no me acostaré con él —dije quedamente—. Lo he enviado para un asunto fuera de París.

Y cuando colgué me sentí más descansada.

Pero en aquel momento llamaron a la puerta.

Tuve un estremecimiento brutal.

¿Quién demonios podía ser a aquellas horas?

Fui a abrir mientras sentía el frío de la muerte en el alma.

Y el inspector Javert se me coló en la casa como un fantasma».

CAPÍTULO XIII

«Ni la llegada del propio diablo me hubiera aterrorizado tanto como el miedo que me inspiró la llegada de Javert. Sentí que mis piernas vacilaban. Bruscamente me di cuenta de que estaba perdida.

Pero he de reconocer que Javert no parecía sospechar nada. Daba la sensación de que había venido allí en plan de visita rutinaria. Se coló en la sala principal lo examino todo con expresión crítica y luego señaló el mueble bar.

—¿Puedo servirme algo? —susurró.

—Yo creía que los policías en acto de servicio no bebían.

—Es que no he venido en acto de servicio, sino en plan de amigo. De todos modos, si le molesta...

—Oh, no, sírvase... Mejor dicho, lo haré yo. Forma parte de mis obligaciones de dueña de la casa.

Y le preparé un combinado que no sé cómo me salió. Estaba terriblemente nerviosa, pero él pareció no notarlo. Mientras lo bebía me ofreció cigarrillos. Luego me dijo mirándome fijamente:

—Como le explicaba, he venido en plan de amigo.

—Ah... Se... se lo agradezco mucho. Pero a estas horas...

—Era necesario.

—¿Por qué?

Me preguntó fijamente, bruscamente:

—¿Qué oculta en la casa?

—¿Yo?

—Sí, usted.

Para darle sensación de confianza intentaba sonreír, pero la sonrisa se me había helado en la boca.

—¿Por qué... piensa que oculto algo? —farfullé.

—Porque tenemos controlado su teléfono.

Casi pegué un brinco en el asiento. Las manos me quemaban. Con una voz que no parecía la mía, dije:

—¿Cómo es que tienen controlado el teléfono?

—Quizá para ayudarla. Intentamos aclarar todo lo relativo a la muerte de Jean, ¿sabe? Y hemos pedido autorización judicial para eso. Debo decirle que hemos vigilado todas las conversaciones de Claude y de Michel.

—¿Y...?

—Nada sospechoso. Claude parece ir mal de dinero. Tiene deudas por ahí.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Por si le tranquiliza, puesto que ustedes parece que están prometidos, le diré que no telefonea a ninguna mujer y ninguna mujer le telefonea a él. Sus deudas vienen de que no trabaja, de que le gusta jugar y también comer en los restaurantes de lujo. Hay platos que cuestan un riñón, oiga. Claro que si hubieran ganado los socialistas, esto no pasaría. A lo que iba... La única mujer que le telefoneó un día fue Gabrielle, pero para clavarle una bronca que lo dejó mudo.

—Tampoco eso es una novedad. Se odian.

—En fin, quiero decirle que no habíamos descubierto nada sospechoso... hasta hoy. Hasta la llamada de usted a Claude.

El vaso que yo sostenía entre los dedos estuvo a punto de resbalar, pero hice un terrible esfuerzo para serenarme. Barboté:

—¿Qué le extraña de eso?

—Nada... Sólo que parecía como si usted tuviera un interés fantástico en que nadie pusiera los pies en esta casa. ¿Qué guarda aquí?

—¿Qué..., qué voy a guardar? —Intente reír estúpidamente—. Nada...

—¿Dónde está Michel?

—Ésta es su noche libre.

—Yo tenía anotado que su noche libre era la del jueves. Hoy es miércoles.

—Me pidió cambiarla.

¿Estaba yo adquiriendo la habilidad, la frialdad de una auténtica asesina? Lo cierto era que las palabras me salían bien. Que iba teniendo menos miedo cada vez. Que me dominaba mejor de lo que

hubiera pensado nunca.

Javert sonrió tranquilizadamente, pero de pronto me soltó:

—¿Y si yo esperara a que Michel volviese?

—¿Por... por qué?

Chascó los dedos.

—Ganas de hablar con él.

—Usted no tiene derecho a... a...

—Lo sé. No tengo derecho ni a estar aquí. Pero, en fin, dejemos lo de Michel. ¿No oculta nada en esta casa?

—¿Qué voy a ocultar, Javert? Por Dios..., ¿qué voy a ocultar?

Vació su vaso y de pronto, con uno de aquellos desconcertantes cambios de conversación que tenía a veces, varió el sentido de lo que estábamos hablando. Dijo suavemente:

—¿Sabe? He estado dando vueltas y vueltas a lo que usted declaró después de la muerte de Jean.

—Declaré muchas cosas. ¿A qué se refiere en concreto?

—A las estatuas. A las esculturas. Parece fuera de dudas que usted vio unas en aquella casa cercana a la Porte de la Chapelle. Y describió una de ellas: era un tipo raro con una nariz picuda. Algo así como una vieja representación del diablo.

—No lo sabía —murmuré, sintiendo que me devoraba la impaciencia.

—Bueno, pues al hablar de las esculturas que vio en el pasillo de esta casa, como si hubiera vuelto a aquel lugar, describe, entre otras, la misma. Son casi asombrosos los detalles. Parece mentira que una cosa así sea inventada.

—No lo es —dije tercamente.

—En fin, de verdad da la sensación de que haya visto la misma escultura en dos sitios tan distintos y las dos veces en circunstancias horribles. Ya le he dicho que quiero ayudarla de verdad. ¿Usted me puede dibujar aquello?

—No es muy agradable, Javert. Aquellos recuerdos me obsesionan.

—Lo sé, pero inténtelo. Se trata de que usted salga con bien de esto.

Hice un esfuerzo y dibujé la escultura tal como la recordaba. No era difícil porque en efecto, YO LA HABÍA VISTO las dos veces. Javert miró el papel, lo dobló y lo guardó cuidadosamente.

—Perfecto —dijo poniéndose en pie—. Y no olvide que lo que quiero es ayudarla. Si algo recuerda más, no vacile en llamarme. Gracias por el jarabe.

Y se marchó de la casa. Yo me sentía tan trastornada que mis rodillas volvían a vacilar. Tuve que apoyarme en la puerta mientras respiraba ansiosamente.

El corazón me hacía daño.

Pero, al menos, había una persona en el mundo en la que podía confiar. Una persona, señor presidente, que aún me creía».

CAPÍTULO XIV

«Fue esa obsesión la que no me dejó vivir en las veinticuatro horas siguientes. ¿Qué debía hacer? ¿Intentar ocultar el cadáver como pensé al principio? ¿O confiarme a Javert? ¿Explicarle lo que había pasado? ¿Intentar que me ayudase?

Ya sé que es absurdo intentar pedir ayuda cuando una mujer ha matado a dos hombres.

Pero también es absurdo permanecer con un cadáver en la casa. Todo aquello me horrorizaba. Me sacaba de quicio. Y, por fin, a la noche siguiente tomé una decisión. Yo sabía que iba a ser la decisión más dramática de toda mi vida.

Llamé a Javert.

—He de hacerle una confesión —susurré—, pero sólo a usted. Necesito saber si, en este momento, nadie más nos oye.

—Ya le dije que el teléfono estaba intervenido, Germaine. Llámeme dentro de cinco minutos.

Lo hice así, y entonces me aseguró que podíamos hablar tranquilos. Sin duda, había dado orden para que se retiraran los del control. Confiando en eso le dije la verdad. Bueno... Una verdad mitigada. No le dije que hubiera matado yo a Michel. Le dije que lo había hecho el tipo que me violó. El tipo que, según yo estaba muerto.

Señor presidente del Tribunal del Sena, ésta es una de las partes más amargas y más esenciales de mi confesión. Ya ve usted que mentí.

Traté de engañar a la policía.

Acusé de un crimen a alguien que, en todo caso, no lo había cometido. Pero sentía una angustiada necesidad de defenderme. Había de salir de aquel atolladero. No tenía más camino que la

mentira si quería seguir viviendo.

Javert me escuchó con atención y no me discutió nada. Al parecer, eso vendría más tarde. Lo que hizo en seguida, desde luego, fue ofrecerse para venir con varios agentes a retirar el cadáver.

—No. La policía al completo, no —dije—. Tienes que venir tú solo.

Había pasado a tutearle.

—Eso es ilegal...

—Vamos a hacer entonces algo distinto —dije con un gesto de determinación, como si él pudiera verme a través del teléfono—. O eso o nada. O aceptas mis condiciones o no encontraréis el cadáver nunca y negaré todo lo que estoy diciendo ahora.

Por supuesto que yo obraba como una ingenua. Luego descubrí, señor presidente del Tribunal del Sena, que esas conversaciones siempre se graban en cinta. Pero entonces no lo sabía. Javert susurró:

—Te escucho.

—Llevaré el cadáver en el «CX» de Jean a la entrada de Suresnes, al otro lado del Sena. Espéreme allí dentro de una hora. Te lo entregaré a ti, pero a nadie más. Y con la condición de que busquemos una salida para que la policía no me acorrale.

—No sé qué salida puedo prometerte, pero algo haré. No estás en condiciones de exigir gran cosa.

—Para mí es bastante lo que tú dices. De acuerdo. Dentro de una hora exacta. Pero que conste que no me detendré si veo a alguien más.

No, señor presidente, yo no estaba en condiciones de exigir nada, y, sin embargo, exigía. Fui lo bastante tonta como para tomar por aquiescencia el silencio de Javert, cuando en realidad, como todos los policías, estaba preparando su jugada. Decidí colgar. Pero él me dijo, como si hubiera adivinado mi gesto:

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está el asesino?

—Ha huido.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo misma le vi huir.

Era otra mentira, pero, al menos, me ofrecía una salida lógica. La policía se dedicaría a perseguir al fantasma. Y quién sabe si podrían encontrarlo y hacerlo hablar.

—¿Hacia dónde fue? —preguntó la voz de Javert.

—Saltó por una ventana. Más tarde alguien me dijo que lo había visto en la nueva estación de Montparnasse. Supongo que ahora está lejos de París. Es lógico.

Y colgué.

Me sentía más tranquila. Había dicho una serie de mentiras, pero pensaba que eso podía ofrecerme una salida. Y me dediqué entonces a la espantosa tarea del traslado del cadáver de Michel.

No hedía aún.

Pero estaba muy frío y muy rígido. Tocarlos causaba una náusea.

¿Necesito decirle, de todos modos, señor presidente, que yo, la rica heredera de la Avenue Foch, ya empezaba a tener una cierta práctica en eso de trasladar muertos?

Lo hice rodar por las escaleras de nuevo.

Lo arrastré hasta el «CX».

Lo subí penosamente hasta el porta equipajes.

Sudaba a causa del cansancio. Me dominaba la angustia. Cerré y me sentí destrozada, con unas ganas espantosas de chillar.

Pero ya había iniciado el camino y no podía volver atrás. Consulté mi reloj. Me quedaba el tiempo justo. Subí al «CX» sin mirar nada más y emprendí el camino hacia el no muy lejano distrito de Suresnes, más allá del Bosque de Bolonia.

Crucé el puente.

No había apenas tráfico a aquella hora.

Los faros rasgaban la penumbra. Todo me parecía lleno de sombras fantasmales. Una niebla baja llegaba desde el fondo del Sena.

Vi a Javert.

Me hacía señas para que parase.

Y yo fui a frenar, pero distinguí algo más. Distinguí el coche de la policía, parado a unos metros de distancia. Era una trampa. Iban a acorralarme.

El terror me acometió.

Di gas bruscamente.

Y estuve a punto de arrollar a Javert. Sólo la agilidad de éste le

permitió salvarse. Gritó:

—¡Pare, maldita! ¡PARE...!

Al dar gas estuve a punto de perder el control del coche. Vi un viejo escaparate que se acercaba vertiginosamente. Giré. El horror me dominaba. Me di cuenta de que el coche de la policía se despegaba de la acera para perseguirme.

Otro escaparate se acercaba.

Me di cuenta de que estaba haciendo terribles eses en la calle. Los neumáticos chirriaban. Las propias luces de la calle penetraban en mis ojos como alfileres y me volvían ciega. Para evitar atropellar a una niña, di un bandazo terrible.

Todo el coche se encabritó. La suspensión demasiado blanda hizo que mi cabeza tocara el techo. Pero también hizo que el cadáver saltara sobre mí.

Y no el cadáver que estaba en el porta equipajes.

No.

El otro.

El del muerto.

Si es que eso puede decirse: el cadáver del muerto. Ya sé que es una barbaridad. Pero no encuentro otra manera de expresarlo.

Porque era el que vi morir a manos de Jean.

El que me había ultrajado.

Pero ahora estaba muerto de verdad. Incluso hedía. Llevaba veinticuatro horas corrompiéndose. Su cara estaba surcada de pequeñas arrugas, de misteriosas líneas fétidas. Su mano parecía buscarme. Se apoyaba en mi hombro.

Chillé desesperadamente.

El muerto estaba viniendo hacia mí... Hacia mí... ¡HACIA MI!

Me volví ciega.

Di otro bandazo al coche.

Los millones de arañas negras poblaban otra vez mi cráneo.

El muerto cayó sobre mí.

Y entonces todo se borró definitivamente. Entonces el estruendo acabó de volverme loca. Me estrellé contra una casa».

SEGUNDA PARTE

EL ABISMO

El presidente del Tribunal del Sena se desprendió de su toga adornada con piel de armiño, aquella toga que le daba un aire de personaje arrancado de un cuadro de otro tiempo, y dijo a Javert penosamente:

—Tome, aquí tiene el manuscrito de Germaine Duplessis enviado desde La Roquette hace un año. Lo puede guardar como recuerdo, aunque pienso que, tal vez, sea un recuerdo angustioso. Usted se tomó en esto un enorme interés, pero no ha servido de nada. Crea que lo siento. Quizá nunca me había apenado tanto tener que dictar una sentencia así.

Y le devolvió aquella especie de agenda escrita con una apretada letra.

Javert la guardó en uno de sus bolsillos.

La mano le temblaba.

En menos de un año parecía haber envejecido diez. Sus ojos estaban turbios. Miraba la majestad del Sena discurrir más allá de las ventanas y le parecía que aquel río arrastraba sangre.

Y quizá así era: la sangre de una densa historia. La sangre que cada día se derrama en París. Y la que se seguirá derramando.

El presidente musitó:

—Le repito que lo siento.

—Con la ley en la mano no puede hacerlo. El veredicto era justo.

—Sí —dijo el magistrado mientras cargaba cachazudamente su pipa, con movimientos de viejo aldeano—. No cabía duda de que esa muchacha había matado a Jean. No cabía duda tampoco de que había matado a Michel. Y creo que también a aquel otro hombre, al que ella decía que estaba muerto desde el principio, al llamado Lorel. Intentó engañarle a usted diciendo que Lorel había matado a Michel. Absurdo.

—¿Pero por qué llevaba el cadáver en el suelo de la parte posterior del coche, si iba a venir en mi busca? —bisbiseó Javert—. También era absurdo. Sabía que tenía que descubrirlo a la fuerza.

—Ése es un punto que no se ha aclarado y que seguramente no se aclarará jamás —dijo el presidente del Tribunal del Sena—. Pero lo indudable son los asesinatos, y a ellos debemos ceñirnos. ¿Sabe qué fue lo que perjudicó a esa chica?

—Su índice de inteligencia —dijo el joven inspector—. El elevado índice de inteligencia que le descubrieron los peritos. Estoy seguro.

—Cierto. Pensaron que era lo bastante lista como para tratar de engañar a todo el mundo. Le confieso que esa clase de inteligencia yo no la entiendo, pero debo ceñirme a los hechos. Y lo evidente fue que los peritos no la consideraron ni irresponsable ni loca. En consecuencia, el veredicto tenía que ser de muerte a la fuerza. Dos asesinatos probados y uno con pruebas bastantes fuertes, son demasiado incluso para una mujer bonita. Ya sabe usted lo que pasa ahora: a causa de la creciente ola de criminalidad, el Gobierno pretende que la pena de muerte se dicte y se aplique.

—O sea, que no habrá indulto...

El magistrado movió la cabeza negativamente. También él, en cierto modo, había envejecido durante aquel año. Con voz que era apenas un susurro dijo:

—El consejo de ministros se ha negado a concederlo. Ya sabe usted: Poniatowsky y otros son hombres muy duros en ese aspecto. Incluso la ejecución se ha aplazado una vez por enfermedad del abogado Clouzot. Enfermedad fingida, naturalmente, pero ya contamos con eso. Se trata de un intento desesperado para aplazar la ejecución todo el tiempo posible y alimentar así algunas varias esperanzas. ¿Qué puedo decirle? Es terrible, lo sé, pero la macabra ceremonia tendrá lugar hoy al amanecer. Germaine no lo sabe. Ignora incluso que ha llegado la guillotina.

Javert cerró un momento los ojos. Conocía esas macabras ceremonias de las noches de ejecución. Como el condenado a muerte está aislado no se entera de que la guillotina acaba de ser instalada en la prisión. Generalmente es el único que no lo sabe. Los guardianes se lo ocultan celosamente. Al contrario, siempre le animan y le dicen que el indulto está cerca.

Luego, la noche señalada para la ejecución, los mismos guardianes que le han estado animando por la tarde llegan de puntillas hasta la puerta de la celda. Entran en tromba y sorprenden al condenado en pleno sueño. No le dejan ni reaccionar. Todavía medio atontado, lo arrastran hasta la capilla. Allí se confiesa si quiere, pero todo con gran rapidez. Se le deja vestirse bien, se le hace el tocado de la muerte, o sea, que se le corta el cuello de la

camisa para que la hoja de la guillotina no encuentre obstáculos, y luego se le arrastra al cadalso. En total quizá no han pasado ni diez minutos desde que se le despertó. La administración penal cree que ese sistema es más compasivo que el conocer el día y la hora en que van a ejecutarte. Nadie lo sabe. Los que con más motivo podrían opinar, no hablan. Ya no pueden.

Javert sintió que se le secaba la boca.

Sería esa noche.

—Gracias —dijo—. Gracias por este recuerdo.

Se refería a la confesión escrita de la muchacha, aquella confesión que no había servido de nada. O que quizá la había hundido, puesto que en ella se reconocían dos crímenes sin duda alguna.

Salió a la calle.

Flotaban las primeras sombras.

La gente salía de su trabajo. Había terminado un día más. Pero todos —o la inmensa mayoría— de los que pasaban por la calle verían el día siguiente. Germaine Duplessis no llegaría a verlo.

Javert cerró los ojos.

Estuvo a punto de tropezar.

Era absurdo.

Más valía olvidarse de aquello, más valía borrar de su mente aquella pesadilla durante la cual él no había hecho más que cumplir con su deber.

Pero ¡tantas cosas absurdas quedaban aún! ¡Era tan increíble aquella cadena de muertes sin utilidad alguna! Porque una serie de macabros interrogantes seguía flotando aún en la mente del joven inspector Javert: todo aquello, ¿a qué se debía? ¿Cuál era la razón? ¿Que Germaine estaba loca? Entonces, ¿por qué habían dicho lo contrario los psiquiatras?

Volvió al Palais du Justice.

Durante horas y horas angustiosas había asistido allí al desarrollo del juicio, un juicio en el que se fueron destruyendo las esperanzas una a una, en el que se fueron aniquilando hasta que no quedó ni un resquicio, hasta que se llegó a la sentencia fatal. La Corte Suprema y el consejo de ministros la habían confirmado, y la sentencia iba a ser ejecutada esta noche. Javert sentía como si el peso de la guillotina flotara también sobre su propia cabeza.

Se sentó en una de las salas de los magistrados. Como le conocían, le dejaban entrar allí fuera de las horas de despacho. Volvió a tomar el sumario entre sus manos. Y las actas del juicio. Tres gruesos volúmenes que ya no servían de nada, excepto como un macabro recuerdo.

Los abrió.

Había que volver a empezar.

Porque allí tenía que haber algo... Algo... ¡ALGO...!

Pero no. No había nada que le ayudase.

Lo había leído cien veces.

Y si alguna cosa estaba clara en el mundo era la culpabilidad de Germaine Duplessis. Ella misma lo había confesado todo, aunque explicando aquellas circunstancias que la convertían en una víctima en lugar de convertirla en una criminal. Pero ni el jurado ni los jueces habían creído en aquellas circunstancias.

Empezó a leer.

Era inútil.

Pero siguió.

El tiempo se le escapaba de entre los dedos. Era como arena fugitiva. Cada minuto que pasaba acercaba más a Germaine a su trágico final. La guillotina acechaba. El verdugo y sus ayudantes habían hecho ya a estas horas su última cena. La cuchilla había sido comprobada. La cesta había sido bien colmada de serrín para que en él cayera la cabeza.

En el sumario y las actas del juicio todo estaba perfectamente descrito, pero eso no ayudaba nada. No había ni un resquicio. Javert sintió una sorda y oculta desesperación.

Porque tenía que confesarse una cosa.

Tenía que confesarse que se había enamorado de Germaine Duplessis.

De su cara de niña asustada. De su sinceridad. De su inocente terror. De aquella calma glacial, casi inhumana, de aquella resignación con que acogió su sentencia de muerte.

Allí estaba incluso el diálogo que ella había sostenido con el abogado Clouzot cuando dijo que le había llamado sin haberle llamado. ¿Pero por qué aquella mentira? ¿Cómo era posible que ella estuviese segura de haberle telefoneado cuando realmente no lo hizo? Porque Clouzot, eso sí, era honrado. Ahora mismo estaba

deshecho. Si bien, había querido fingirse enfermo en un vano intento de aplazar la ejecución, lo cierto era que ahora estaba enfermo de verdad. Que estaba deshecho.

Las palabras se grabaron en la mente de Javert tras leerlas por enésima vez:

«—¿Quién es?

»—Soy yo, Germaine. ¿Le molesto?

»—No, no... De ninguna manera.

»—Es que ha ocurrido algo horrible...

»—¿Un accidente?

»—Peor.

»—¿Pues qué?

»—Jean Verneil ha cometido un asesinato».

El diálogo seguía así. Estaba transcrito letra por letra, tal como Germaine lo declaró. Y, sin embargo, era inventado. Pero ¿cómo era eso posible? ¿Cómo? ¿Y POR QUÉ?

Javert sintió vértigo otra vez.

Era angustioso. No podía más. Los dedos le temblaban. Se le nublabla la vista.

Salió de allí y fue, en una especie de amarga peregrinación, a los lugares a que había acudido con Germaine aquel extraño día. El palacio cerca de la Porte de la Chapelle. El edificio en construcción, que ahora ya estaba alzado hasta el diecinueve piso. Y el teatrillo de aficionados en que Clouzot ensayó tanto, el teatrillo en que estaba aquel domingo. Javert se detuvo ante la puerta como embobado, como alucinado, sintiendo que algo moría en él.

Era la última noche que representaban la obra. Los aficionados habían tenido suerte y en este momento eran una especie de semiprofesionales. Habían tenido bastante público durante todo un año, siempre con el mismo programa y en única función de noche. Hoy era la despedida. Pero en esa última función no trabajaba Clouzot.

Claro. No podía. Estaba enfermo.

Su papel lo interpretaba otro.

Como un sonámbulo, igual que si reviviera los viejos recuerdos que ya no llevaban a ninguna parte, Javert entró en el local. Se sentó en una de las últimas filas. Precisamente el artista que sustituía a Clouzot estaba en aquel momento en escena.

Interpretaba en solitario una conversación telefónica.

* * *

La hoja de la guillotina había sido probada por última vez. Todo funcionaba perfectamente. El verdugo bebió un nuevo vaso de vino. Sus dos ayudantes estaban pálidos, casi demacrados. Nunca se habían visto en el trance de tener que matar una mujer así.

—¿Cuánto falta? —preguntó el verdugo al director de la Santé.

—Una hora.

—Entonces, ¿cuándo la despertarán?

—Dentro de cincuenta minutos exactos. Cuando falten diez.

Y el director también necesitó beber un vaso de vino. También sentía como si le fallasen las piernas, a pesar de toda su experiencia.

Volvió a mirar su reloj como un alucinado mientras musitaba:

—Sólo cincuenta y ocho minutos...

* * *

El actor sustituto de Clouzot no lo hacía tan bien como éste, pero tenía naturalidad. La conversación giraba en torno a una llamada de urgencia. La voz decía en el escenario, ante un público que le escuchaba con avidez:

—¿Quién es?

—...

—No, no, de ninguna manera.

—...

—¿Un accidente?

—...

—¿Pues qué?

—...

—¿Dónde?

—...

—Por favor, no lo haga.

Javert arqueó una ceja.

El moscardón se había puesto a zumbar en su cráneo.

Y aquel moscardón se transformaba en una araña negra.

En una inmensa araña negra.

En un millón de arañas negras.

Aquel diálogo, ¿dónde lo había leído él antes? ¿No era...? Pero no, no podía ser. ¿Y si lo fuese...? Dios santo. ¿No era exactamente la parte de Clouzot en el dialogo que había sostenido (aunque al parecer no lo había sostenido) con Germaine en aquella macabra tarde de domingo?

—¿Y sí...?

Javert sentía vértigo.

Menos mal que estaba sentado, porque de lo contrario hubiera caído al suelo como un fardo. Aun así necesitó sujetarse a los brazos de la butaca como si fuera a desplomarse.

Su imaginación volaba.

Su cerebro era un volcán.

Bueno. Cabía suponer que alguien había estado presenciando los ensayos de la obra cuando en ellos actuaba Clouzot. Todo eso antes de aquella tarde de domingo. Cabía suponer que ese alguien había grabado en una cinta de alta calidad la falsa conversación telefónica. Y aquel domingo, a una hora bien determinada, había ido al despacho de Clouzot sabiendo que éste se hallaba en el teatro y que no encontraría a nadie. Una llave falsa le había bastado para entrar. Una vez allí, había esperado la que consideraba segura llamada de Germaine.

Ese alguien tenía a su favor tres elementos de primera clase:

La voz auténtica de Clouzot.

Unas preguntas y unas palabras que ni pintadas para la situación que presumiblemente iba a suceder, y que en ciertos aspectos se asemejaba a una de la obra. Por eso la habían aprovechado.

Y un aparato reproductor muy exacto que se colocaba junto al auricular. Bastaba con dar volumen a las palabras de Clouzot después de las palabras de Germaine según correspondieran al diálogo, dando así la perfecta sensación de una conversación normal, la cual, además podía ser cortada en el momento preciso.

Javert sudaba.

Su cerebro seguía siendo un volcán.

Con aquello conseguían que Germaine cometiese una locura, como era hacerse cargo del cadáver, al encontrarse sin ayuda. Y conseguían también que se produjera la primera y monstruosa contradicción en la actuad de la muchacha.

Y habría otras.

Javert seguía sudando.

Sus propios pensamientos le hacían daño, le atormentaban, le punzaban como alfileres envenenados.

Por ejemplo, aquella otra contradicción: la habitación forrada de terciopelo negro: eso es fácil de montar en un viejo palacio que se utiliza como almacén pero en el que no hay nadie un domingo por la tarde. Luego se desmonta todo en diez minutos. El terciopelo negro permite disfrazar puertas y hacerlas aparecer otra vez; a veces basta con mover un pliegue. Por otra parte, el humo bien denso debía confundir a Germaine. Y hasta era posible que tuviera unos ciertos efectos narcóticos bien estudiados.

¿Y el muerto?

Nada de asesinato, por supuesto, Jean había empleado un cuchillo de los usados en el teatro, de esos que parecen hundirse en el cuerpo de la víctima y escupen una imitación de sangre. Lorel, el muerto era un fulano que en los circos solía hacer exhibiciones de catalepsia. Eso al menos había podido averiguarlo Javert, aunque hasta aquel momento semejante descubrimiento no le sirvió de nada.

Un cataléptico, o falso muerto, puede jugar perfectamente su papel hasta el momento de recibir un poco de tierra encima de su cuerpo, en los cimientos de un edificio en construcción. De allí no le habría sido difícil salir minutos más tarde, apenas Germaine se alejó. Y entonces empezó la parte más divertida del diabólico plan.

Primero, cobrar una suma por parte de alguien que había organizado todo aquello. Luego violar a Germaine Duplessis. O sea, que lo del monstruoso asalto en el Bosque de Bolonia tenía que ser cierto. Hasta una mujer de acero quedaría deshecha a partir de aquel momento, quedaría convertida en un muñeco a merced de las circunstancias.

Pero él no sabía que iba a morir. Que también colocarían a Germaine en una situación sin salida.

Y luego, por fin, también Lorel, el primer muerto, el asqueroso violador, sería ejecutado por aquel alguien. Y se esperaría al instante preciso para colocar el cuerpo en la parte posterior del «CX». Para que la misma Germaine Duplessis se presentara con aquel horror ante la policía.

Javert tuvo que hacer un terrible esfuerzo para ponerse en pie.

Vaciló como un borracho.

Tropezó dos o tres veces antes de llegar a la salida.

Y algo más. Una lápida colocada en un nicho del cementerio de Ivry. Y alguien que lleva a Germaine a aquel lugar. Y un coche con conductor pagado que hace falsas maniobras para que Germaine no tenga más remedio que detenerse. Y la horrible visión de la lápida. Y ésta que es retirada minutos después.

Javert estaba aterrado.

Ya no se enteraba de nada de la obra. No veía. No oía nada. Le parecía flotar en el aire de otro mundo.

Porque se daba cuenta de que todo lo que había dicho Germaine... ¡ERA VERDAD!

¡Y sin embargo, a los ojos de todos, era una criminal o una loca!

Porque, eso sí, los crímenes no habría tenido más remedio que cometerlos. Cuando Jean pareció acorralarla contra el muerto, que para ella significaba el colmo del horror, Germaine se defendió como pudo. Se defendió matando a Jean. Porque en el cerebro diabólico del que había organizado todo aquello, Jean no era más que un comparsa que, en un momento determinado, dejaría de ser útil... ¡y que sólo serviría para que lo matase Germaine!

Lo mismo que Michel.

A Michel también le habían pagado para que jugara un papel de comparsa.

Pero él no sabía que iba a morir. Que también colocarían a Germaine en una situación sin salida.

Y luego, por fin, también Lorel, el primer muerto, el asqueroso violador, sería ejecutado por aquel alguien. Y se esperaría al instante preciso para colocar el cuerpo en la parte posterior del coche. Para que la misma Germaine Duplessis se presentara con aquel horror ante la policía.

Javert tuvo que hacer un terrible esfuerzo para ponerse en pie.

Vaciló como un borracho.

Tropezó dos o tres veces antes de llegar a la salida.

* * *

—Es la hora.

Los guardianes y las celadoras sentían asco de sí mismos, sentían repugnancia ante su oficio, pero no quedaba más remedio que

cumplir con su oscuro deber. Todos se quitaron los zapatos para ir sigilosamente hasta la celda. Todos avanzaron como una procesión de buitres, como un cortejo de fantasmas.

Llegaron ante la puerta de Germaine, que dormía bien ajena a aquello.

Y una voz dijo sigilosamente:

—Ahora...

* * *

Javert estaba ante la verja de la hermosa casa de la Avenue Foch. Sus nervios vibraban. Sus músculos estaban tensos. Sentía un dolor terrible en los dientes y no se daba cuenta de que era a causa de la salvaje presión que él mismo ejercía sobre sus mandíbulas.

Sin pensarlo dos veces, empleó la llave maestra para abrir la verja y para entrar en la casa. Se movió como una sombra, aun sabiendo lo que se jugaba. Fue al taller donde Michel había muerto. Al sitio donde Claude pintaba y modelaba sus figuras.

Extraños fantasmas entre las sombras.

Espectros cubiertos por sábanas.

Horribles manchas en las tinieblas.

Pero Javert fue retirando las sábanas, mirando las figuras y comparando los datos de las declaraciones de Germaine, que él conservaba en su memoria. ¡Pues claro! Ahora la cosa aparecía ante sus oídos aterrados con una desnudez dramática. Las figuras eran las mismas que ella había visto en la Porte de la Chapelle y en el pasillo de la casa cuando Jean murió. Incluso aquel extraño hombre de la nariz picuda y que era una encarnación del diablo. Claude no se había tenido que molestar ni en buscar esculturas lejos. Las podía transportar desde su propio taller.

Javert siguió avanzando.

Sentía como una amenaza el compás de su propia respiración.

Sus dientes chirriaban de rabia.

* * *

La última confesión. La comunión en un minuto. El tocado de la muerte.

Los ojos de Germaine Duplessis estaban espantosamente vacíos.

Pero no había odio en ellos. Había sólo una mansa resignación. Mientras le cortaban el cuello del vestido suplicó al verdugo con una leve sonrisa:

—Por favor, respete mi última coquetería de mujer. No me estropee el peinado.

El verdugo sintió que le quemaba el fondo de los ojos.

Nunca se había encontrado en una situación así. Pero después de hacer el corte señaló hacia la habitación donde estaba la guillotina y farfulló:

—Adelante...

* * *

Los dientes de Javert seguían chirriando.

Su cara formaba una mueca. Sus puños estaban espantosamente apretados cuando empujó la puerta. Cuando entró en el dormitorio y vio los dos cuerpos abrazados en la cama.

La completa felicidad.

Los dos jóvenes.

Y enamorados.

Y ricos, puesto que sólo ellos, como únicos parientes, iban a heredar a Germaine Duplessis cuando ésta muriera.

Los dos enlazados en una caricia.

Los dos embriagados de su propia felicidad.

De su puerca felicidad.

De su...

Javert, desde la puerta, disparo fríamente.

Pero no lo hizo a matar.

Lo hizo a las piernas para que no se le escaparan. Los necesitaba vivos a los dos. Los necesitaba con capacidad para hablar. ¡Y además para hablar ahora!

Mientras Claude y Gabrielle gemían transidos de dolor, sin poder hacer un movimiento, bañándose en su propia sangre, presintiendo también en sus cuellos el filo de la guillotina, Javert avanzó hacia el teléfono.

Tenía grabado a fuego en su cerebro el teléfono de urgencias de la Santé.

Mientras lo marcaba, sabiendo que no podía equivocarse, gruñó:

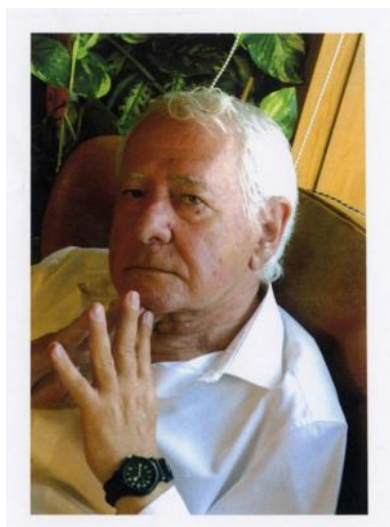
—Siento molestarles y usar el teléfono a estas horas, tortolitos.

Pero es que los ataúdes para dos se tienen que hacer por encargo...

Y siguió marcando el número que comunicaba directamente con la cámara del verdugo. El teléfono sonó allí medio minuto antes de que cayera la cuchilla.

El ataúd para una ya no iba a hacer maldita la falta.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.